

## CAPÍTULO Nº 5.

### **Versículo 1:**

**“Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos amados”.**

Los versículos 1 y 2 forman parte, en realidad, del capítulo 4.

**“Pues”:** indica que lo que hace que nuestra conducta se parezca a la de Dios es ser benignos, misericordiosos o compasivos y perdonadores. Es, por lo tanto, esa clase de conducta la que nos convierte en “imitadores de Dios”. La conducta contraria (malignos en vez de benignos; insensibles, duros e indiferentes ante el sufrimiento de los demás, en lugar de misericordiosos o compasivos; implacables, en vez de perdonadores) nos muestra más como hijos del diablo. Es muy penoso que haya cristianos a los que no les importa aparecer como imitadores del diablo, debido a su conducta maligna, insensible o implacable.

Imitar a Dios significa portarse de acuerdo, conformarse a, la conducta divina y no sólo exteriormente, sino en nuestro ser más íntimo y profundo. Esto sólo es posible por la efectiva morada de Cristo en nosotros. Si Cristo vive en realidad en nosotros, entonces somos hijos de Dios y todo hijo que merece el nombre de tal se comporta en forma parecida a su padre y adopta sus principios, por lo cual, para los que efectivamente hemos nacido de nuevo, la conducta benigna, compasiva y perdonadora debería ser lo natural. Pero como nuestro viejo hombre, que todavía está en nosotros, se opone a ello con todas sus fuerzas, nuestra sincera aspiración, nuestra lucha tenaz, nuestra firme convicción y decisión y nuestra constante oración debe ser que nos comportemos de esa manera, como Dios, no como el diablo. Esto es lo único propio y digno de **“hijos amados”**, lo que somos por causa de Cristo, nuestro Redentor:

**“Amados, si Dios así nos ha amado, debemos también nosotros amarnos unos a otros” I Juan 4: 11;**

**“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad, por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace que su sol salga sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Porque si amareis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen también lo mismo los publicanos? Y si abrazareis a vuestros hermanos solamente ¿qué hacéis de más? ¿no hacen también así los gentiles? SED, PUES, VOSOTROS PERFECTOS, COMO**

**VUESTRO PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS ES PERFECTO” Mateo 5: 43-48;**

**“Amad, pues, a vuestros enemigos y haced bien y prestad, no esperando de ello nada y será vuestro galardón grande y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos” Lucas 6: 35 y 36.**

**Versículo 2:**

**“Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor suave”.**

**“Y andad en amor, como también Cristo nos amó”:** El mandato **“andad”** significa: “vivid y actuad con amor” o, en otras palabras, que la imitación o el conformarnos a Dios debe manifestarse en acciones prácticas y constantes, durante toda la vida, para que corresponda a una realidad y no sea una mera ilusión, imaginación o teoría.

¿Cómo saber en qué consiste este amor, para no actuar según nuestro propio juicio o imaginación? El amor de Cristo, expuesto en los evangelios principalmente, aunque también en toda la Escritura, es la norma para esta forma permanente de comportarse, de andar. También el motivo supremo para vivir así es el inmenso amor con que **“Cristo nos amó”**, demostrado en la cruz. Antes de ella, la humanidad no pudo conocer la inmensidad sin límites de ese amor. ¡Cuánto insisten las Escrituras sobre ese amor!

**“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros, como os he amado, que también os améis los unos a los otros” Juan 13: 34;**

**“Nadie tiene mayor amor que este, que ponga alguno su vida por sus amigos” Juan 15: 13;**

**“Mas Dios encarece su caridad (amor) con nosotros, porque siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros” Romanos 5: 8;**

**“Con Cristo estoy juntamente crucificado y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” Gálatas 2: 20;**

**“En esto hemos conocido el amor, porque él puso su vida por nosotros, también nosotros**

**debemos poner nuestras vidas por los hermanos” Juan 3: 16, etc.**

Si el conocimiento de tan infinito amor no es para nosotros el más poderoso motivo para querer ser benignos, misericordiosos y perdonadores, entonces nada podrá lograr un objetivo tan alto para nuestras vidas.

**“Y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor suave”**. En los versículos anteriores se ha dicho que el amor de Dios es un amor de misericordia y perdón. Aquí se menciona el amor de Cristo como un amor de servicio y sacrificio, porque la **“ofrenda”** se refiere al hecho de que Cristo ofreció a Dios el sacrificio de su voluntad y obediencia hasta su horrenda muerte en la cruz, lo que era el deber de todos los seres humanos y **“sacrificio”** se refiere al hecho de que llevó o sufrió la pena o castigo que nuestros pecados merecían. Por la ofrenda de su voluntad y obediencia nos señaló el camino por donde debemos seguirle; por su sacrificio nos libró de la justa condenación que merecíamos y nos capacitó para ofrecer nuestra sumisión y obediencia a Dios. Recordemos siempre que una genuina fe en Cristo produce no simplemente que aceptemos intelectualmente un credo, sino un nuevo nacimiento y ese nuevo nacimiento produce NECESARIAMENTE un profundo cambio de vida, caracterizado, entre muchos otros efectos, por nuestra sumisión y obediencia a Dios.

Debido a que los modernistas o liberales y prácticamente todos los falsos maestros de todos los tiempos, que sostienen o enseñan **“herejías de perdición”**, aborrecen y atacan implacablemente la doctrina del sacrificio expiatorio de Cristo, que es la esencia misma del evangelio, lo que se puede comprobar como ejemplo muy prominente, entre multitud de ellos, en la sustitución de la palabra **“sangre”**, referida al sacrificio de Cristo, por **“muerte”** en el “Nuevo Testamento” Popular y en la versión “Dios habla hoy”, de las Sociedades Bíblicas, en sus primeras ediciones (más tarde corrigieron esto en parte), tenemos que insistir fuertemente en el significado del término **“sacrificio”** que usa aquí el apóstol. El término se refiere a una víctima muerta y a sangre derramada en propiciación, expiación y rescate:

**“Al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” Romanos 3: 25;**

**“Luego mucho más ahora, justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” Romanos 5: 9;**

**“Y él es la propiciación por nuestros pecados y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” I Juan 2: 2;**

**“En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” I Juan 4: 10;**

**“Por lo cual, debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo” Hebreos 2: 17;**

**“En el cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos, para testimonio en sus tiempos” I Timoteo 2: 6;**

**“Como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” Mateo 20: 28.**

**“Propiciación”:** es algo que se hace o se paga para aplacar la ira de alguien y volverle favorable; **“expiación”** es la acción y efecto de expiar y **“expiar”** es borrar las culpas purificarse de ellas por medio de un sacrificio y sufrir la pena impuesta por la ley por un delito o falta; **“rescate”** es el pago de un precio para comprar de nuevo o recuperar el dominio sobre algo que se había perdido. A pesar de la expresión “pagar”, este precio no se paga necesariamente a alguien. Por ejemplo: si una persona está pasando por grandes penurias económicas, porque cuando joven no quiso estudiar y desaprovechó las oportunidades que se le presentaron se dice que está “pagando” el precio de su irresponsabilidad o negligencia. Ejemplos de esta clase se pueden multiplicar fácilmente.

La propiciación, la expiación y el rescate fueron el resultado del sacrificio de Cristo por nosotros. Por eso su muerte con derramamiento de sangre fue el sacrificio único, completo y definitivo por nuestros pecados.

**“¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte para que sirváis al Dios vivo?” Hebreos 9: 14;**

**“Sabido que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación (modo de vivir), la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” I Pedro 1: 18 y 19;**

**“Pero éste, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio para siempre está sentado a la diestra de Dios” Hebreos 10: 12;**

**“En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia” Efesios 1: 7;**

y muchísimos otros pasajes, donde se destaca el papel de la sangre de Cristo en nuestra redención y en el perdón de nuestros pecados. Véase especialmente Hebreos 9: 22:

**“Y casi todo es purificado según la ley con sangre y sin derramamiento de sangre no se hace remisión”.**

Si a esto se agrega todos los sacrificios típicos del Antiguo Testamento y los de los paganos en todo el mundo, vemos que la sangre de Cristo es el objetivo de nuestra fe y el fundamento de nuestra confianza en que efectivamente hemos sido redimidos y perdonados nuestros pecados.

El amor de Dios y el sacrificio de Cristo son uno en calidad. Cristo se sometió a un sufrimiento terrible sin tener ninguna obligación de hacerlo. Sólo el amor más inmenso le movió a actuar así. Pero el Padre entregó y se privó de su Hijo bienamado motivado por el mismo inmenso amor por pecadores indignos como somos nosotros, de modo que tan grande y tanto fue el amor del Padre como el del Hijo.

El sacrificio de Cristo no tuvo como objetivo persuadir a un Dios airado para que nos amara, sino que fue necesario a causa de la perfecta justicia de Dios. Debe tomarse en cuenta que Dios es amor, pero no sólo amor. Su justicia perfecta le es tan propia como su amor. Esto resulta, en su relación con el hombre, en que la ley divina no puede renunciar a sus derechos, así como el amor, no puede abandonar su compasión. Por esto el amor tiene que cumplir toda la justicia de Dios; no puede pasar por encima de ella; tiene que dejar que la ley exija obediencia, porque de otro modo se convierte sólo en un débil e impotente sentimiento, incapaz de bendecir y salvar. Los padres consentidores, que por un errado amor le toleran todo a un hijo pueden experimentar que el resultado de su debilidad no termina en bendición para ese hijo, sino en múltiples y dolorosos problemas en su vida. Ese “amor” equivocado no le hace ningún bien, sino mucho mal.

Por lo anterior, Cristo siguió el camino recto y duro de negarse a sí mismo y como la ley de Dios impone la muerte como castigo por el pecado, se sometió a la muerte por nuestros pecados, puesto que él no los tenía. Esta fue la “ofrenda y sacrificio a Dios en olor suave”, lo cual significa que fue aceptado por Dios, es decir, que él consideró que de este modo todo el pecado del mundo había recibido el exacto castigo que merecía, por lo cual podía perdonarnos por amor, sin pasar por alto su justicia. Hay muchos pasajes que

se refieren a este “olor suave”, en el sentido de aceptación por parte de Dios de un sacrificio: Génesis 8: 20, 21; Éxodo 29: 18, 25, 41; Levítico 1: 9; etc.

Recordemos que todo lo dicho más arriba proviene del hecho que el sacrificio de Cristo es el motivo para “andar en amor”. Por lo tanto, de ese sacrificio aprendemos que el amor cristiano o bíblico está unido indisolublemente al deber. Este amor está por encima del mero complacer a la gente, sobre el sentimentalismo y la indulgencia; persigue mucho más que alcanzar ideales seculares (como justicia social, por ejemplo) y agrado temporal. Considera a los seres humanos en su relación con Dios, obligados por su ley, y procura conducirlos a Cristo, de modo que los inconversos nazcan de nuevo y se salven y los creyentes manifiesten en su conducta exterior esa regeneración y nuevo nacimiento que se operan en lo más íntimo de su ser, para que unos y otros muestren visiblemente que son hijos de Dios y dignos hijos de su Padre celestial. Este es el modo efectivo de cumplir el segundo gran mandamiento: **“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”**. Esto no excluye la ayuda material al que padece necesidad o el consuelo efectivo al afligido:

**“En esto hemos conocido el amor, porque él puso su vida por nosotros, también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Mas el que tuviere bienes de este mundo y viere a su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas ¿cómo está el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad y tenemos nuestros corazones certificados delante de él”**  
**I Juan 3: 16-19,**

Pero coloca como meta suprema del amor verdadero el bien eterno de las almas, a la cual debe estar unida y subordinada toda ayuda temporal. Tampoco excluye la energía y advertencia solemne y clara, y a veces muy fuerte, a los inconversos, a los extraviados y a los apóstatas acerca de los requerimientos de Dios, pero demanda que dicha advertencia sea hecha para el bien y no para la destrucción de las almas, con humildad de corazón y no con soberbia, autocomplacencia, alto concepto de sí mismo o espíritu de superioridad. Jesús es nuestro supremo ejemplo, con sus duras, y a la vez que doloridas, reprobaciones a escribas, fariseos y saduceos y a las ciudades impenitentes de Israel: Marcos 3: 5; Mateo 23: 33,37. También Pablo: I Corintios 5: 5.

Practicar esta clase de amor a los inconversos y especialmente a los hermanos significa siempre un duro sacrificio de nuestra voluntad, derechos y comodidad, pero es un “olor suave”, un sacrificio agradable y acepto para Dios, como lo fue en forma perfecta el de Cristo, a diferencia del nuestro, siempre imperfecto. Hay que insistir que este sacrificio acepto significa ser benignos, misericordiosos y perdonadores, como Dios mismo, porque somos muy olvidadizos. Sólo así podemos cumplir el mandato: **“Y andad en amor, como también Cristo nos amó”**.

### 2.3.- Tinieblas y luz. 5: 3-14.

#### **Versículo 3:**

**“Pero fornicación y toda inmundicia o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos”.**

Pablo se ha referido a esto con extraordinaria fuerza en 4:19 y me referí entonces a este asunto con mucho detalle.

No es necesario repetir todos esos detalles, pero me pregunto: ¿Por qué repetir tan pronto lo ya dicho? Encuentro a lo menos cuatro razones:

1º El concepto generalizado entonces, igual que ahora, acerca de que los pecados que rechaza tan fuertemente son “naturales” y, por lo mismo, el favor de que gozan en general, lo que podría contagiar a los creyentes, si no se les advierte enérgicamente contra ellos;

2º El contraste violento que existe entre lo que apetece la carne y lo que Dios requiere y da, señalado por la conjunción adversativa “pero”. Este contraste violento hace que el asunto venga continuamente al pensamiento;

3º Son pecados comunes en las iglesias y a pesar de todo lo que se enseña y advierte acerca de su carácter destructivo y de la infelicidad que tarde o temprano producen, muchos caen en ellos y los practican, tal vez porque no creen o no confían en las advertencias de sus pastores y en que sus advertencias son el fruto de la experiencia propia o ajena. ¡Cuántas veces los pastores tenemos que escuchar los lamentos que son el fruto amargo del pecado y autorrecrecinaciones por no haber hecho caso, cuando ya el daño no tiene remedio, porque no se puede volver atrás el tiempo, para hacer que no ocurra lo que ya sucedió! Lo hecho es irremediable. Como muchos caen, es necesario repetir la enseñanza y advertencia contra el pecado incesantemente; y

4º Son muy dañinos, por lo cual hay que insistir repetida y continuamente en lo que son. No son pecados imperdonables, pero causan mucho daño y dolor. Por eso, mientras en 4: 19 Pablo los reprueba en general, aquí los señala con precisión y en forma particular.

Fornicación es la práctica de la relación sexual fuera del matrimonio, sea por personas solteras o casadas.

En tiempo de Pablo, igual que ahora los paganos la consideraban una conducta normal y la practicaban y fomentaban sin escrúpulos, ni vergüenza y hasta se ufanaban de ella como si fuera una virtud.

Dios dio a los seres humanos el instinto sexual con dos propósitos:

1º La reproducción o perpetuación de la raza; y

2º Para que sirviera para expresar en la forma más elocuente la unidad y amor de los esposos.

Lo primero nadie puede ponerlo en duda y lo compartimos con los irracionales. Al respecto dice el Señor:

**“Y los bendijo Dios díjoles Dios: Fructificad y multiplicad y henchid la tierra...” Génesis 1: 23;**

**“Todos los animales que están contigo de toda carne, de ave y de bestias y de todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra, sacarás contigo y vayan por la tierra y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra” Génesis 8: 17.**

A lo segundo, que es exclusivamente humano, se refiere en:

**Proverbios 5: 18-19:**

**“Sea bendito tu manantial y alégrate con la mujer de tu mocedad. Como cierva amada y graciosa corza, sus pechos te satisfagan EN TODO TIEMPO y en su amor recreáte SIEMPRE”**  
y

**Eclesiastés 9:9:**

**“Goza de la vida con la mujer que amas, TODOS LOS DÍAS de la vida de tu vanidad, que te son dados debajo del sol...”**

En estos pasajes las expresiones: **“en todo tiempo”**, **“siempre”** y **“todos los días de tu vida”** excluyen que el placer sexual tenga como único objeto servir de estímulo para la reproducción, puesto que esta función termina cuando la mujer alcanza aproximadamente los cincuenta años de edad.

A esta consideración bíblica se puede añadir una observación psico-biológica: el deseo sexual humano es permanente, a diferencia del de los irracionales, que lo experimentan sólo durante ciertos períodos más o menos breves.

Por lo anterior creo que Dios obra de un modo misterioso en las parejas unidas regularmente, sea por su gracia especial en los unidos conforme con su voluntad, sea por su gracia común en los demás, por lo cual el marido puede decir con Adam:

**“Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne” Génesis 2: 24,**

palabras que el mismo Jesús cita en Mateo 19: 5 y Marcos 10: 7-8 y también Pablo en Efesios 5: 31:

**“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se allegará a su mujer y serán dos en una carne”.**

En relación con la unión de dos creyentes en conformidad con la voluntad de Dios hay que tener presente que no basta que los dos contrayentes sean salvos, para que su matrimonio sea de acuerdo con la voluntad de Dios. Por eso:

1º Los novios cristianos deben haber buscado sinceramente la voluntad de Dios y orado mucho sobre su unión, con verdadera fe;

2º Si sus padres son cristianos también, deben haberles encomendado y dedicado al Señor desde su misma concepción y, además, deben haberles instruido en todas estas cosas y haber orado constantemente por ellos, desde su más tierna infancia, para que lleguen a formar un hogar conforme con la voluntad de Dios; y

3º La iglesia también debe instruir a sus adolescentes y jóvenes acerca de cómo comportarse y buscar la voluntad de Dios, para obedecerla y debe orar por ellos especialmente.

Cuando estas tres condiciones se han cumplido, existe la más alta probabilidad de que una pareja de creyentes que se une en matrimonio lo haga en conformidad con la voluntad del Señor.

El objetivo que Dios le ha dado al matrimonio nos hace ver por qué la fornicación, que contraviene tan groseramente ese objetivo, tan extremadamente dañina y ofensiva contra Dios y, por lo tanto, tan enérgicamente condenada por su Palabra.

Los solteros que se entregan a la fornicación, sea uno o los dos, no buscan satisfacer normalmente ni el instinto de reproducción, ni expresar una unión espiritual, sino que son empujados sólo por un impulso animal, irracional, en busca de una sensación intensa y turbadora de placer, que resulta sumamente breve. Como esa unión no tiene la bendición de Dios, sino su maldición, no produce la unidad espiritual que se verifica en la unión de dos personas legítimamente casadas y, por esa razón, perturbará siempre la unión regular que después pueda producirse. No son raros los casos en que ese efímero momento de placer puramente carnal produce el naufragio de todo el resto de la vida, especialmente en las mujeres, debido a su naturaleza más emotiva y sensible, en general.

Por esto nos produce a los siervos de Dios una verdadera desesperación la facilidad con que algunas hermanas se dejan engañar y seducir por hombres impíos que les prometen todo lo que ellas quieren, sin la menor intención de cumplir, puesto que para cualquier otra persona es evidentísimo que sólo buscan satisfacer sus bajos instintos, para ufanarse después de su capacidad conquistadora. Lo más común es que después desaparezcan y dejen a la mujer llena de dolor y frustración y, si de la

fornicación resulta un hijo, obligadas a llevar solas una pesada carga para el resto de sus días.

Esta situación me recuerda el caso del peatón que cruza una calle muy congestionada de vehículos sin precaución alguna. Si es atropellado, su imprudencia e irresponsabilidad de un instante puede costarle largos sufrimientos y hasta dejarle lisiado todo el resto de su vida, sin contar el costo económico personal o para su familia y los inconvenientes y daños que producirá al conductor inocente que tuvo la desgracia de atropellarlo.

Indudablemente los incrédulos; los ateos prácticos, que dicen creer en Dios, pero que viven exactamente como si él no existiera; y los que son insensibles respecto a su Creador, todos los cuales forman legión, considerarán completamente normal la fornicación y no serán emocionalmente afectados, ni siquiera si ven el desastre que pueden haber producido en otras vidas, porque el hombre natural es salvajemente egoísta y malvado. Pero en la mayoría de los casos, de todos modos, la fornicación perturbará en alguna medida cualquier unión futura, legítima o ilegítima, lo que resultará en la formación de parejas sumamente inestables.

El orgullo de esos incrédulos les hará levantarse desafiantes contra la palabra de Dios y tratar de desvirtuarla o ridiculizarla, pero es fácil advertir en ellos el triste efecto de su inestabilidad. El que fornicación y no es creyente o, si lo, es no se arrepiente, está condenado casi siempre a formar un hogar inestable, sin amor verdadero, a causa de su misma actitud ante el sexo. Puede casarse después enamorado o enamorada con la misma persona con que fornicó o con otra, pero indefectiblemente tenderá a unirse sexualmente con otras parejas y esto, aunque sea ocultado cuidadosamente, siempre matará el amor verdadero. El matrimonio así formado puede mantenerse, pero sólo por costumbre o conveniencia, con una relación fría y tensión inevitable, porque no se puede amar íntimamente, verdaderamente, a más de una persona. Puede el fornicario o fornicaria aparearse con otra u otras parejas, como un animal (o peor, porque los animales se aparean para procrear, de acuerdo a la voluntad de Dios), pero no como ser humano.

El mundo puede reír ahora de su pecado y burlarse de esta severa condenación de la fornicación y decir que somos extremistas, puritanos o “anormales”, pero no se reirá, sino que se llenará de terror indecible cuando se encuentre en las manos del Dios vivo a quien tanto desprecia y que, por su paciencia, le deja actuar, esperando que se arrepienta, pero de cuyo justo juicio nadie puede escapar. Las risas, burlas y desprecio de ahora se convertirán en un eterno rechinar de dientes por el dolor, en un remordimiento sin fin, en un duro tormento sin esperanza en el lago de fuego:

**“Padre Abraham ten misericordia de mí y envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama” Lucas 16: 24;**

**“Todo esto has hecho y yo he callado. Te has imaginado que yo era como tú. Pero te reprenderé y pondré todo (todas tus maldades) delante de tus ojos. Cuidaos los que os olvidáis de Dios, no sea que yo desgarre, sin que nadie libre” Salmo 50: 21-22 (Segond).**

Escuche el mundano lo que dirán otros como él y tal vez él mismo en un día que puede no estar muy lejano:

**“Caed sobre nosotros y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero” Apocalipsis 6: 16.**

Una consecuencia siempre presente para los fornicarios es la posibilidad de contraer una enfermedad de transmisión sexual, entre ellas el temible y mortal SIDA, puesto que la probabilidad de que esto suceda es extraordinariamente alta para ellos. Estudios serios y desapasionados revelan que aun los que usan preservativos no están completamente protegidos. Estadísticamente un quince por ciento (¡uno de cada seis!) de los preservativos fallan, en este sentido.

Sin embargo, aunque la fornicación no dejara huella alguna, física ni psicológica, y aunque no tuviera los efectos devastadores para la vida aquí en la tierra que efectivamente tiene, siempre permanece el hecho de que es una afrenta contra los designios bondadosos de Dios:

**“Porque del corazón salen los ,malos pensamientos, muertes, ADULTERIOS, FORNICACIONES, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre...” Mateo 15: 19-20;**

**“Que ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de cosas sacrificadas a ídolos y de sangre y de ahogado y de FORNICACIÓN...” Hechos 15: 28-29;**

**“Y como a ellos no les pareció tener a Dios en su noticia, Dios les entregó a una mente depravada, para hacer lo que no conviene, estando atestados de toda iniquidad, de FORNICACIÓN, de malicia, de avaricia, de maldad...” Romanos 1: 28-29;**

**“HUID LA FORNICACIÓN. Cualquier otro pecado que el hombre hiciere fuera del cuerpo es, mas el que FORNICA contra su propio cuerpo peca.**

**¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio; glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” I Corintios 6: 18-20;**

**“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: ADULTERIO, FORNICACIÓN, inmundicia, disolución” Gálatas 5: 19;**

**“Amortiguad (haced morir), pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: FORNICACIÓN, inmundicia, malicia, mala concupiscencia y avaricia, que es idolatría” Colosenses 3:5;**

**“Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación, que os apartéis de FORNICACIÓN” I Tesalonicenses 4: 3; etc.**

También tenemos que tener siempre presente que Dios juzgará inexorablemente a los fornicarios:

**“...mas a los fornicarios y adúlteros juzgará Dios” Hebreos 13: 4b; y**

**“Horrenda cosa es caer en las manos del Dios VIVO” Hebreos 10: 31,**

por lo cual, independientemente de los malos efectos que traiga a la vida terrenal, la fornicación es un pecado desastroso para el que lo comete y con las más funestas consecuencias, si no hay arrepentimiento de corazón y esto se debe a que Dios es amor, pero también justicia perfecta.

La fornicación es pecado y como a todo pecado debemos odiarlo, porque por causa de él Cristo sufrió una horrenda muerte en la cruz, porque ofende a Dios, que es tan inmensamente bueno y misericordioso, que está dispuesto a perdonarnos a pesar de nuestras ofensas y, además, debemos odiarlo a tal punto que nos lleve hasta el llanto y volvernos con verdadero, sincero y profundo arrepentimiento al Dios de amor, ¡Es una gran desgracia que a veces, en lugar de odiarlo, lo amemos y lo busquemos!

La fornicación resulta todavía peor cuando como consecuencia se produce un embarazo (estadísticamente, uno de cada seis en los que lo hacen usando un preservativo), porque:

1º Puede inducir a un aborto presionado por el hombre o por los padres o buscado por la mujer para librarse del “problema”. Esto es el asesinato más vil que puede cometerse, porque la víctima es nada menos que el propio hijo, no

tiene ninguna posibilidad de defenderse y porque se realiza con extrema crueldad, aunque la madre pueda no tener conciencia de ello. ¿Puede concebirse algo más horrible que unas tenazas que aplastan la cabecita de la indefensa criatura, destrozándola y luego descuartizándola parte por parte y esto en el mismo vientre de su madre?;

2º Puede significar un hijo no deseado, condenado a vivir toda su vida sin un hogar bien constituido, sin la influencia masculina (que es lo más común) y a veces sin la femenina, que son ambas necesarias para el desarrollo armonioso de un niño. Cualquiera de las dos que falte, condena a ese ser humano a un desarrollo anormal, con consecuencias que pueden ser muy negativas y de largo alcance tanto para él como para la familia con la que se cría y la que pueda formar, como para la sociedad.

Naturalmente que la gracia especial de Dios puede suplir muchas de estas carencias en el caso de un niño o joven redimido.

En este caso cuando la mujer dé a luz a su hijo no contará con el apoyo y la ternura de aquel con quien Dios le habría hecho formar lazos tan íntimos, si se hubiera unido legítimamente con él. Los padres y otros parientes y los amigos no pueden sustituir esos lazos: pueden aminorar el sentimiento de soledad y desvalimiento, pero no eliminarlo;

3º Puede conducir a un matrimonio sin amor, donde aquel efímero instante de placer carnal puede pesar como una maldición permanente y conducir a la violencia intrafamiliar y a una vida de desconfianza, desencanto y desilusión, una vida fracasada e insatisfactoria.

Sin embargo, el que fornicar y luego se arrepiente de verdad y quiere después obedecer a Dios debe casarse:

**“Y si alguno engañare a alguna doncella que no fuere desposada y durmiere con ella, deberá dotarla y tomarla por mujer” Éxodo 22: 16;**

**“Cuando alguno hallare moza virgen, que no fuera desposada y la tomare y se echare con ella y fueren hallados, entonces el hombre que se echó con ella dará al padre de la moza cincuenta piezas de plata y ella será su mujer, por cuanto la humilló; no la podrá despedir en todos sus días” Deuteronomio 22: 28-29,**

esperando que la misericordia de Dios le permita formar un hogar feliz, a pesar de todo. No veo razón por la cual esta ley civil de la antigua teocracia israelita no sea aplicable en lo sustancial en nuestra sociedad actual.

Los hijos de Dios que caen en este funesto pecado deben:

1º Arrepentirse sinceramente:

**“Que cuando volviere, me humille Dios entre vosotros y haya de llorar por muchos de los que antes habrán pecado y no se han arrepentido de la inmundicia y FORNICACIÓN y deshonestidad que han cometido” II Corintios 12: 21,**

con un dolor y vergüenza grandes, no tanto por el daño personal o familiar que produzcan como porque OFENDIERON A DIOS;

2º Confesarlo a Dios, sin disminuir, ni procurar disculparse, ni aminorar su culpa, con la plena persuasión y fe que:

**“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad”;**

3º No perseverar en la fornicación; y

4º Suplicar que sean librados de las consecuencias propias o inherentes que tiene todo pecado, independientemente de que sea efectivamente perdonado por Dios. (El perdón divino tiene como resultado que nunca más ese pecado perdonado vendrá en memoria delante de Dios, lo que sólo es posible por la sangre de Cristo, que lo cubre. Pero todo pecado, como las secuelas de una enfermedad completamente sanada, tienen consecuencias que están estrechamente ligadas a ella).

¿Cómo enfrentar la tentación de fornicar?

Como el impulso sexual es real y especialmente poderoso en los jóvenes y la tentación no puede ser eliminada, se requiere algo muy fuerte para dominarlo. Creo que las siguientes sugerencias son útiles, y algunas de ellas decisivas, para vencer la tentación de fornicar o masturbarse:

1º Tener un elevado nivel de vida espiritual, caracterizado por una relación estrecha e íntima con el Señor, lo que resulta de la lectura atenta, el estudio esforzado y la meditación diaria y amorosa de las Escrituras; de la ferviente y continua oración de fe; del servicio dedicado al Señor; y de la estrecha comunión con el pueblo de Dios. Una vida religiosa externa, meramente formal, frívola y despreocupada no librarán jamás de una tentación tan poderosa e irá acompañada frecuentemente de dolorosas y desastrosas caídas y consecuencias.

Un ejemplo de la eficacia de una vida dedicada al Señor, para librar de la más apremiante y poderosa tentación a fornicar la tenemos en la experiencia del joven José, en Génesis 39: 5-12;

2º Huir y apartarse decididamente de la tentación, como hizo José, en lugar de jugar y solazarse con ella;

3º Reflexionar cuidadosamente sobre las circunstancias, lugares y tiempo más peligrosos, para estar especialmente alertas y en oración. La soledad de los campos o de cualquier otro lugar donde no exista la posibilidad conocida y cierta de ser interrumpidos en cualquier momento, especialmente si se busca deliberadamente, constituyen lugares y circunstancias sumamente peligrosas, así como la obscuridad de la noche es un tiempo propicio para la tentación. Aún más lo son las caricias que van más allá de lo prudente;

4º Desarrollar la firme convicción de que la fornicación no es una conducta propia o aceptable para el creyente y que deshonra a nuestro Creador y a nuestro Salvador, quebrantando su voluntad de pureza para nosotros. Una convicción así ha librado a muchos creyentes, aunque sean muy jóvenes, de caer en fornicación. Una vez más, José es un gran ejemplo en esto;

5º Ocupar la mente y el cuerpo en intenso ejercicio sano. La ociosidad es realmente “la madre de todos los vicios”; y

6º Apartar con energía los ojos y el pensamiento de todo lo que pueda estimular el instinto sexual. Una vida muy activa, espiritual, física y mentalmente, son una gran ayuda para evitar la fornicación, junto con resistir al diablo:

**“Someteos pues a Dios, resistid al diablo y de vosotros huirá” Santiago 4: 7,**

es decir, estemos efectivamente dispuestos a obedecer al Señor, con humildad y cuando venga la tentación de Satanás digámosle sincera y resueltamente: **“En el nombre de mi Señor y Salvador y por su autoridad: Vete, Satanás, porque sólo le serviré y adoraré a él”.**

EL ADULTERIO es la relación sexual realizada fuera del matrimonio y, por lo tanto, por una persona casada.

Los casados pueden ser inducidos a adulterar por varias razones. No pretendo, naturalmente, agotar un asunto tan complejo. Sólo deseo señalar algunas causas muy comunes y, por lo general, estrechamente interrelacionadas, que pueden servir de advertencia a algunos y, por la gracia de Dios, librarle de caer en este pecado tan ofensivo, dañino, bajo y que produce tanto dolor.

1º FALTA DE TEMOR DE DIOS, porque Dios lo prohíbe expresa y abundantemente:

**“No cometerás adulterio” Éxodo 20: 14;**

**“No adulterarás” Deuteronomio 5: 18;**

**“Los mandamientos sabes...no adulterarás” Lucas 18: 20;**

**“Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no hubieras cometido adulterio, pero hubieras matado, ya eres hecho transgresor de la ley”  
Santiago 2: 11; etc.**

De modo que el que adultera no hace caso de la voluntad de Dios, lo cual revela que no tiene por él aquel respeto reverencial en el cual consiste el temor de Dios.

Además, el adúltero quebranta promesas muy solemnes hechas ante Dios y la iglesia (por lo cual equivalen a un juramento). Es bueno recordarlas: “...nos hemos reunido aquí EN PRESENCIA DE DIOS y de esta congregación, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio...¿Queréis tomar a esta mujer por vuestra legítima esposa y vivir con ella en el santo estado del matrimonio...y RENUNCIANDO A TODAS LAS OTRAS, CONSERVARÉIS PARA ELLA SOLA, mientras los dos viváis? A tan solemne demanda el que después comete adulterio contestó: “SÍ, QUIERO”.

En la misma forma se preguntó a la mujer.”...¿Queréis tomar a este hombre por vuestro marido y vivir con él en el santo estado del matrimonio, y RENUNCIANDO A TODOS LOS OTROS, OS CONSERVARÉIS PARA EL SOLO, mientras los dos viváis? También la que después comete adulterio respondió: “SÍ, QUIERO”

Lo serio y solemne de esta promesa es destacada por el intercambio de los anillos de bodas (que no deberían ser un mero adorno, sino un recordatorio permanente de promesas tan significativas), como prenda del cumplimiento de lo prometido.

Al respecto consideremos muy seriamente lo que nos dice la Palabra de Dios:

**“Cuando a Dios hicieres promesa, no tardes en pagarla, porque no se agrada de los insensatos. Paga lo que prometieres. Mejor es que no prometas, que no que prometas y no pagues”  
Eclesiastés 5: 4-5;**

**“Cuando alguno hiciere voto a Jehová o hiciere juramente ligando su alma con obligación, no violará (profanará) su palabra: hará conforme a todo lo que salió de su boca”  
Números 30: 3;**

**“Cuando prometieres voto a Jehová tu Dios, no tardarás en pagarlo, porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti y habrá en ti pecado”  
Deuteronomio 23: 21.**

Por esto, los adúlteros añaden a dicho pecado el perjurio y la profanación, lo que jamás se atreverían a hacer, si tuvieran verdadero temor de Dios;

**2º BAJA VIDA ESPIRITUAL O VIDA ESPIRITUAL DESCUIDADA**, sin estudio diario y amoroso de la Biblia, con poca o ninguna oración de fe, sin trabajo dedicado, comprometido, esforzado y entusiasta para el Señor, sin asistencia regular a la iglesia y sin identificación efectiva con el pueblo de Dios. Un adúltero me dijo, con evidente pesar: “Si yo no hubiera estado mal espiritualmente, eso no habría sucedido”.

Lo anterior va siempre acompañado de (o produce) una fe débil, incapaz de creer que para Dios todo es realmente posible y que lo que aparece como un naufragio irremediable, Dios lo puede salvar ;

**3º FALTA DE CULTIVO DEL AMOR.** Como consecuencia de un concepto puramente romántico del amor y del pensamiento muy equivocado de que alcanza su consumación con la boda y que así está asegurado para siempre, ocurre que las atenciones, tan características del período del noviazgo; el cuidado personal por el cual ambos procuran verse atractivos entre sí, sin nada desagradable o repulsivo; la preocupación permanente por el otro; los pequeños regalos; las caricias; la celebración de fechas significativas, especialmente los cumpleaños y aniversario de bodas, van desapareciendo u olvidándose completamente y van siendo reemplazados por la rutina, la preocupación exclusiva por el trabajo y las responsabilidades, un genio agrio; discusiones y peleas continuas, etc., lo que acaba en el caso extremo, por matar el amor y dejar la puerta abierta para él adulterio. Parte de lo anterior es la incomunicación, por la cual la pareja, en vez de ser dos en uno (Efesios 5: 31), se separa emocionalmente y empieza a vivir cada una su propia vida, sin compartir sus aspiraciones, metas, propósitos, preocupaciones, fallas y ni siquiera las bendiciones.

Esto se debe, entre muchas otras causas al orgullo que cree tener siempre la razón y no admite ser contradicho, al interés y despreocupación por lo que le ocurre o siente la pareja y al temor de la reacción violenta o incomprensiva que la comunicación de pensamientos muy íntimos, especialmente de carácter negativo, producen en uno a una cónyuge susceptible, como también al escepticismo con que puede acoger la comunicación sincera de la otra parte. Todo esto contribuye a que cada uno se vaya encerrando progresivamente en su propio mundo y quedando de este modo vulnerable a los requerimientos de un extraño o extraña.

Lo que muy pocos creen o piensan en un caso así es que de la manera como nació el amor, de la misma manera puede renacer por la gloria y el poder de Dios. Esto requiere fe, oración, humildad, buena voluntad e inmensa paciencia y espíritu perdonador. Por difícil que esto sea, es mejor que el adulterio;

**4º QUITAR EL PENSAMIENTO EXCLUSIVAMENTE DEL CÓNYPUGE Y PONERLO EN OTRA PERSONA**, generalmente al comienzo sólo por juego, imaginación o fantasía, lo cual, en un proceso habitualmente largo e insensible,

muy gradual, va estableciendo una relación crecientemente íntima, que incluye el hacer regalos muy especiales e intencionados; conversar de sentimientos íntimos, frecuentemente con el fin consciente o a medias inconsciente de despertar simpatía, compasión o admiración; salir o permanecer juntos solos; invitarse a comer; escribirse cartas; comunicarse por Internet; etc.

No hay que olvidar, a este respecto, la severa admonición y por supuesto, muy sabia norma del Señor:

**“Oísteis que fue dicho: no adulterarás, mas yo os digo, que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti, que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti, que mejor es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” Mateo 25: 27-30.**

(Por supuesto que este es un lenguaje figurado, porque una persona puede cortarse una mano y seguir teniendo los sentimientos que lo impulsaron a usarla mal y en tal caso, aún sin mano, sigue siendo igualmente culpable ante Dios);

**5º AVARICIA, ENVIDIA Y AMBICIÓN DESMEDIDA DE BIENES MATERIALES**, que a menudo es aprovechada por los que tientan e inducen al adulterio para conseguir sus bajos propósitos. Ellos son también agudos para percibir la decepción, el desencanto y el ansia insatisfecha de cariño y comprensión, con el mismo fin. Los incautos e incautas que corren peligro de caer por cualquiera de estas causas harán bien en tener presente las amargas palabras de una adúltera: “Tengo de todo, no me falta nada. ¡Pero he sufrido tanto por la pérdida de mis hijos! Me ha ocurrido todo lo que ustedes me dijeron”. Esto me recuerda Proverbios 5: 3-14 y 20-23:

**“Porque los labios de la extraña destilan miel y su paladar es más blando que el aceite, mas su fin es amargo como ajeno, agudo como cuchillo de dos filos. Sus pies descienden a la muerte, sus pasos sustentan el sepulcro, sus caminos son inestables, no los conocerás, si no considerares el camino de la vida. Ahora, pues, hijos, oídme y no os apartéis de las razones de mi boca. Aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa, porque no des a los extraños tu honor y tus años a cruel, porque no se harten los extraños de tu fuerza, y tus trabajos estén en casa del extraño; y gimas en tus postrimerías, cuando se consumiere tu carne**

**y tu cuerpo y digas: ¡Cómo aborrecí el consejo y mi corazón menospreció la reprensión y no oí la voz de los que me adoctrinaban y a los que me enseñaban no incliné mi oído! Casi en todo mal he estado, en medio de la sociedad y de la congregación... ¿y por qué, hijo mío, andarás ciego con la ajena y abrazarás el señor de la extraña? Pues que los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová y él considera todas sus veredas. Prenderán al impío sus propias iniquidades y detenido será con las cuerdas de su pecado. Él morirá por falta de corrección y errará por la grandeza de su locura”.**

Debe tenerse presente, que lo que aquí se dice del hombre respecto a la mujer es igualmente válido para la mujer respecto al hombre.

Otro pasaje importante sobre esto es Proverbios 7.

**“Hijo mío, guarda mis razones y encierra contigo mis mandamientos. Guarda mis mandamientos y vivirás, y mi ley, como las niñas de tus ojos. Lígalos a tus dedos, escríbelos en la tabla de tu corazón. Di a la sabiduría: Tú eres mi hermana y a la inteligencia llama parienta, para que te guarden de la mujer ajena y de la extraña que ablanda sus palabras, porque mirando yo por la ventana de mi casa, por mi celosía, vi entre los simples, consideré entre los jóvenes, un mancebo falto de entendimiento, el cual pasaba por la calle, junto a la esquina de aquella e iba camino de su casa, a la tarde del día, ya que oscurecía, en la oscuridad y tiniebla de la noche y he aquí, una mujer que le sale al encuentro con atavío de ramera, astuta de corazón, alborotadora y rencillosa, sus pies no pueden estar en casa; unas veces de fuera o bien por las plazas, acechando por todas las esquinas y traba de él y bésalo; desvergonzó su rostro y díjole: Sacrificios de paz había prometido, hoy he pagado mis votos, por tanto he salido a encontrarte, buscando diligentemente tu rostro y te he hallado. Con paramentos he ataviado mi cama, recamados con cordoncillos de Egipto. He sahumado mi cámara con mirra, áloes y cinamomo. Ven, embriaguémonos de amores hasta la mañana, alegrémonos en amores...Rindiólo con la mucha suavidad de sus palabras, obligóle con la blandura de sus labios.**

**Vase en pos de ella luego, como va el buey al degolladero y como el loco a las prisiones, para ser castigado, como el ave que se apresura al lazo y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasó su hígado. Ahora, pues, hijos oídme y estad atento a las razones de mi boca: No se aparte a sus caminos tu corazón, no yerres en sus veredas, porque a muchos ha hecho caer heridos y aun los más fuertes han sido muertos por ella. Caminos del sepulcro son su casa, que descienden a las cámaras de la muerte”**

y también Proverbios 2: 16-19:

**“Para librarte de la mujer extraña, de la ajena que halaga con sus palabras, que desampara al príncipe de su mocedad y se olvida del pacto de su Dios, por lo cual su casa está inclinada a la muerte y sus veredas hacia los muertos. Todos los que a ella entraren no volverán, ni tomarán las veredas de la vida”**

y aún, Proverbios 6: 24-33:

**“Para que te guarden de la mala mujer, de la blandura de la lengua de la extraña. No codicies su hermosura en tu corazón, ni ella te prenda con sus ojos, porque a causa de la mujer ramera es reducido el hombre a un bocado de pan y la mujer caza la preciosa alma del varón. ¿Tomará el hombre fuego en su seno, sin que sus vestidos se quemem? ¿Andará el hombre sobre brasas, sin que sus pies se abrasen? Así el que entrare a la mujer de su prójimo; no será sin culpa cualquiera que la tocara. No tienen en poco al ladrón cuando hurtare para saciar su alma, teniendo hambre, empero tomado, paga las setenas, da toda la sustancia de su casa. Mas el que comete adulterio con la mujer es falto de entendimiento, corrompe su alma el que tal hace. Plaga y vergüenza hallará y su afrenta nunca será raída”.**

Lo que se dice en estos pasajes respecto del hombre incauto, es necesario insistir que vale también para la mujer (con las necesarias adaptaciones) y, en muchos casos, aún más que para el hombre.

Hay que ocupar tiempo para leer atentamente estos fortísimos pasajes y reflexionar en ellos, porque son muchos los que caen en este pecado

especialmente destructivo y doloroso, aun siendo creyentes, como le ocurrió al mismo rey David.

Otra fuerte amonestación de la Palabra de Dios contra este pecado, en relación con los que lo practican a pesar de asistir a la iglesia y ser tenidos por cristianos y del papel que en el adulterio juega la concupiscencia de los ojos se encuentra en II Pedro 2: 9-14:

**“Sabe el Señor librar de tentación a los píos y reservar a los injustos para ser atormentados en el día del juicio. Y principalmente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia y desprecian la potestad, atrevidos, contumaces, que no temen decir mal de las potestades superiores. Como quiera que los mismos ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor. Mas éstos, diciendo mal de las cosas que no entienden, como bestias brutas, que naturalmente son hechas para presa y destrucción, perecerán en su perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, ya que reputan por delicia poder gozar de deleites cada día. Estos son suciedades y manchas, los cuales comiendo con vosotros, juntamente se recrean en sus errores, teniendo los ojos llenos de adulterio y no saben cesar de pecar, cebando las almas inconstantes, teniendo el corazón ejercitado en codicia, siendo hijos de maldición”.**

Así que ¡cuidado con la codicia desenfrenada de bienes materiales, dinero y placeres mundanos! ¡cuidado con los ojos que se fijan en la casi completa (o completa) desnudez que se exhibe en el televisor, muchas revistas y otros medios de comunicación y, especialmente, en playas y piscinas!;

**6º** Un último estímulo para el adulterio que debo mencionar es el pecado opuesto a él: **LA ABSTENCIÓN SEXUAL DE LOS CASADOS ENTRE SÍ**, cuando no se debe a razones de fuerza mayor, como una enfermedad, un embarazo, etc., circunstancias en que el cónyuge debe ser capaz, con la gracia de Dios, de una total abstención temporal de la relación sexual. Un amor genuino, libre de egoísmo, junto con el poder de Dios, permite a cualquier hombre (que es normalmente el más afectado en estos casos) abstenerse durante el tiempo que sea necesario.

**Mateo 19: 12:**

**“Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres y hay eunucos que se hicieron a sí mismos eunucos por causa**

**del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso séalo”**

implica que quien no es capaz de abstenerse de practicar la relación sexual, sin caer en perversiones, por causa de un ministerio especial para el Señor, debe casarse y que, por lo tanto, en el matrimonio debe practicarse regularmente la relación sexual.

Pablo se refiere explícitamente a esto en I Corintios 7: 1-6:

**“Cuanto a las cosas que me escribisteis, bien es al hombre no tocar mujer, mas a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su mujer y cada una tenga su marido. El marido pague a la mujer la debida benevolencia y asimismo la mujer al marido. La mujer no tiene potestad de su propio cuerpo, sino el marido e igualmente tampoco el marido tiene potestad de su propio cuerpo, sino la mujer. No os defraudéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos en la oración y volved a juntaros en uno, porque no os tiene Satanás, a causa de vuestra incontinencia. Mas esto digo por permisión, no por mandamiento”.**

En este capítulo debe prestarse especial atención al versículo 26:

**“Tengo, pues, esto por bueno A CAUSA DE LA NECESIDAD QUE APREMIA...”**

Que nos muestra que en asuntos de conducta personal hay instrucciones de la Escritura que varían según las circunstancias.

También se refiere a esto Proverbios 31: 11-12:

**“El corazón de su marido está en ella confiado y no tendrá necesidad de despojo. Daráale ella bien y no mal, todos los días de su vida”.**

De modo que, cuando no existen circunstancias de fuerza mayor que lo impidan o desaconsejen, es un gran pecado la abstención sexual. Esta abstención puede ser motivada por:

1º Un sentimiento completamente erróneo de que la relación sexual tiene algo de malo o vergonzoso en sí misma, lo que es contrario tanto a la Escritura como a la naturaleza:

**“Honroso es en todos el matrimonio y EL LECHO SIN MANCILLA, mas a los fornicarios y a los adúlteros juzgará Dios” Hechos 13: 4;**

2º Desquite o venganza contra un cónyuge poco afectuoso o descariñado;

3º Desencanto, desilusión o ansias y ambiciones insatisfechas;

4º Falta de amor verdadero;

5º Enamoramiento de otra persona; etc.

Todas estas causas son pecados y casi todas, grandes pecados.

Abundan los casos en que la negativa sistemática o aun frecuente de la esposa es la causa del adulterio del marido y vice-versa, por lo cual se requiere la convicción de que esa abstención es pecado, confesión del pecado, sincera petición de perdón y un enorme esfuerzo de AMBOS cónyuges para superar el problema, con el auxilio indispensable de la gracia de Dios. Si ambos cónyuges son creyentes verdaderos, no hay problema que no puedan superar o solucionar. Ambos cónyuges deben tener presente las palabras de Pablo en I Corintios 7: 4, 33 y 34b:

**“La mujer no tiene potestad de su propio cuerpo, sino el marido e igualmente tampoco el marido tiene potestad de su propio cuerpo, sino la mujer... Empero el que se casó tiene cuidado de las cosas que son del mundo, cómo ha de agradar a su mujer...mas la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, cómo ha de agradar a su marido”**

y aunque el instinto, el sentido común y especialmente un sincero amor son generalmente los mejores guías en estos asuntos, a veces puede ser conveniente recurrir al consejo de creyentes santos, maduros y experimentados, sea mediante consejo verbal directo, sea mediante sus escritos. Pero siempre debe tenerse sumo cuidado de que esos consejeros teman a Dios de verdad.

El adulterio tiene graves consecuencias. El pensamiento humanista pondrá primero las consecuencias sociales y humanas, pero para nosotros, para quienes Dios es el primero, supremo y fundamental, son sus consecuencias espirituales las más graves:

1º El adulterio deshonra a Dios y al evangelio y da motivo para que los malos blasfemen a nuestro Señor, cuya honra debería ser para nosotros la mayor aspiración. Es muy clara la reprensión que recibió el rey David por causa de su adulterio:

**“...con este negocio hiciste BLASFEMAR a los enemigos de Jehová...” II Samuel 12: 14.**

Debido a que David era un hombre conforme al corazón de Dios, que seguramente amaba a Dios con todo su ser y más que a cualquiera otra persona o cosa, esto debe de haberle producido el dolor más agudo. ¡Qué

dolor más penetrante debería producirle a un, o una, creyente que por causa de su adulterio alguien tenga que decir que es falso que el evangelio es **“potencia de Dios para salvación a todo aquel que cree...” Romanos 1: 16** y que los que profesamos ser salvos somos exactamente iguales que todos los demás!;

2º Por causa del adulterio de un cristiano verdadero o falso se cierra el camino de salvación para muchos que al observar o conocer esa mala conducta o no se sienten atraídos por el evangelio o lo rechazan como falso o ilusorio. Esos inconversos casi nunca piensan que la falla está en la persona y la atribuyen al evangelio. De este modo el que les escandaliza se hace responsable y culpable en gran medida de los sufrimientos terrenales temporales y de la condenación eterna e irremediable, algo horrible en extremo, de esas personas. Bien se les pueden aplicar también a los que con su adulterio escandalizan a otros las elocuentes y terribles palabras del Señor en **Mateo 18: 6-9:**

**“Y cualquiera que escandalizare a alguno de estos pequeños que creen en mí mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno y que se le anegase en el profundo de la mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos, mas ¡ay de aquel hombre por el cual viene el escándalo! Por tanto, si tu mano o tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar cojo o manco en la vida, que teniendo dos manos o dos pies ser echados en el fuego eterno; y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: mejor te es entrar con un solo ojo en la vida que teniendo dos ojos ser echado en el infierno del fuego”,**

palabras dichas a propósito del que escandaliza a un niño o a un creyente sencillo, que es como un niño. ¡Con cuánta energía debería el que esté tentado a cometer adulterio aplicarse a sí mismo y tener muy en cuenta lo dicho en los versículos 8 y 9 de este pasaje, lo que se repite en Marcos 9: 43-48:

**“Y si tu mano te escandalizare, córtala: mejor te es entrar a la vida manco, que teniendo dos manos ir a la gehenna, al fuego que no puede ser apagado, donde su gusano no muere y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo: mayor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en la gehenna, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuera ocasión de caer, sácalo: mejor te es entrar al reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado a**

## **la gehenna, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga!”**

Naturalmente que estas palabras como vimos, son figuradas, para enseñarnos con singular energía que aunque un mal sentimiento se haya apoderado tenazmente de nuestro corazón, debemos erradicarlo de allí, con la gracia de Dios y decisión firme e inquebrantable nuestra, aunque nos cueste, por decirlo así, lágrimas de sangre y desgarrar nuestro corazón.

¿Y qué si el escandalizado es el propio hijo o hija, y se pierden eternamente por el adulterio de su padre o de su madre?

3º Debo repetir que, como todo pecado, el adulterio tiene consecuencias de largo alcance, que le son propias, es decir, independientes de que el pecado sea efectivamente perdonado por Dios y los hombres. Estas consecuencias pueden golpear tanto al adúltero mismo como a su familia. Reflexione cuidadosamente el lector sobre el pasaje de **II Samuel 12: 9-10:**

**“¿Por qué pues tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Uría Hetheo heriste a cuchillo y tomaste por tu mujer a su mujer y a él mataste con el cuchillo de los hijos de Ammón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste...”**

El que ha caído en adulterio (o en cualquier otro pecado) debe arrepentirse con verdadero temor y temblor y con profundo dolor, debe confesarlo sin excusas al Señor y pedirle pedón plenamente confiado en que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado y luego tiene que aceptar HUMILDEMENTE las consecuencias inevitables de su pecado y rogar a Dios que, por una especial misericordia y gracia, le libre de ellas, porque Dios tiene poder, por supuesto, para evitar, si quiere, las consecuencias inherentes del pecado. Pero no siempre quiere;

4º Además, el adulterio causa mucho dolor a la iglesia, tanto por el descrédito que recae sobre Dios y su evangelio, como por el amor efectivo que se profesan los creyentes verdaderos, a pesar de su imperfección:

**“Por manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen y si un miembro es honrado, todos los miembros a una se gozan” I Corintios 12: 26.**

Este dolor es tanto por causa del adúltero mismo, como también por todos los que sufren directamente por su mala conducta. Pero no sólo dolor produce el adulterio de alguno o alguna a la iglesia: También la perjudica notoriamente, porque el adúltero actúa por causa de su egoísmo y amor propio como un

miembro que cuando se le exhorta a llevar el evangelio a los perdidos no sólo no lo hace, sino que se opone activamente a hacerlo y se esfuerza en desalentar a los que quieren obedecer este mandamiento especialmente importante de la Palabra de Dios;

5º Casi no es necesario mencionar todo el dolor y sufrimiento que el adulterio causa al cónyuge no adúltero. Sin embargo, debe tenerse presente que difícilmente puede hablarse de cónyuge inocente, porque suele ocurrir que en todo caso de adulterio alguna responsabilidad y hasta culpa tiene el cónyuge no adúltero, directa o indirectamente. Pero esta no es una excusa que el adúltero pueda usar para justificarse en parte, si confiesa su pecado a Dios, porque él fue el que tomó la decisión de adúlterar.

No es muy digno de compasión el cónyuge que sufre por el adulterio del otro sólo por causa de su amor propio herido, de su orgullo lastimado o sólo por el engaño de que fue víctima, todo lo cual le enfurece. En cambio, sí es digno de toda compasión el que sufre por causa de su amor hecho pedazos y que aún así sigue amando sinceramente al culpable.

Será muy diferente la reacción en ambos casos del cónyuge no adúltero. En el primer caso hará todo lo posible por vengarse, por perjudicarlo y hasta por destruirlo, si está en su mano hacerlo. En el segundo, lo disculpará, estará dispuesto a perdonar y no se complacerá con los falsos consoladores que se encarnizan con el adúltero. No debe olvidarse lo que enseña el Señor al respecto en Juan 8: 3-11:

**“Entonces los escribas y fariseos le traen a una mujer tomada en adulterio y poniéndola en medio, dícenle: Maestro, esta mujer ha sido tomada en el mismo hecho, adulterando y en la ley Moisés nos mandó apedrear a las tales, tú pues ¿qué dices? Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Empero Jesús, inclinado hacia abajo, escribía en tierra con el dedo. Y como perseverasen preguntándole, enderezóse y díjoles: El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra el primero. Y volviéndose a inclinar hacia abajo, escribía en tierra. Oyendo, pues, ellos, redargüidos de la conciencia, salíanse uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros y quedó solo Jesús y la mujer que estaba en medio. Y enderezándose Jesús y no viendo a nadie más que a la mujer, díjole: ¿Mujer, dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Y ella dijo: Señor, ninguno. Entonces Jesús le dijo: NI YO TE CONDENO; VETE Y NO PEQUES MÁS”;**

6º Una de las peores, más tristes y dolorosas consecuencias del adulterio es la que sufren los hijos, porque ellos sí son completamente inocentes de los pecados y fallas de sus padres.

El adúltero produce niños rebeldes, inadaptados, con un intenso dolor y angustia interiores; a menudo les lleva al fracaso, a lo menos temporal, en sus estudios; les obliga a ver a su padre o a su madre en relación íntima con quien no es su padre o madre y les fuerza a vivir con un padrastro o madrastra, que muy raramente puede hacerles felices; puede llegar hasta a hacerlos verse rechazados o desconocidos por sus propios progenitores cuando se encuentran con ellos en presencia de parientes del falso cónyuge y ellos ignoran la verdadera situación; y aunque parezca extraño, les predispone a seguir el mismo mal camino.

Y qué dolor más terrible debería ser para un creyente genuino que cae en adulterio ver a sus hijos definitivamente rebeldes al evangelio por causa de su caída, porque en tal caso les habrá hecho un daño eterno e irremediable.

Cuán malvado y espiritualmente depravado y cuán brutalmente egoísta es el corazón humano natural se expresa en el alegato de muchos padres que dicen que no pueden arruinar su vida y que tienen derecho a buscar otra compañía, a pesar de las consecuencias que esto pueda traer a sus hijos. Es decir que no pueden tolerar o soportar a su cónyuge simplemente por amor a sus hijos, tan completamente inocentes de los pecados y fallas de sus padres. En estos casos, naturalmente, no reconocen, a lo menos públicamente, cuánto les dañaron, sino que insisten tercamente en que los niños no sufrirán, que se llevan bien con el o la extraña y; hasta que son más amados y mejor cuidados por ese extraño o extraña que por su propio padre o madre! Lo cual, por supuesto, no es más que una malvada excusa de un egoísmo que no puede ser refrenado ni siquiera por la tragedia y el dolor a los cuales, arrojarán a los propios hijos casi siempre y, además, un modo de tranquilizar su conciencia;

7º El adulterio perjudica también, evidentemente, al adúltero mismo, siempre que sea un cristiano verdadero y, muy a menudo, aunque no lo sea. Aquí nos preocupa sólo el primer caso.

El cristiano verdadero que comete adulterio no puede disfrutar libremente de su pecado, porque el Espíritu Santo que vive en él le reprenderá continuamente y herirá su conciencia, por más que trate de acallarla o de ocultarse a sí mismo su pecado. ¡Qué elocuente es el testimonio de David sobre esto!:

**“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia, conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones... Porque yo reconozco mis rebeliones y mi pecado ESTÁ**

**SIEMPRE DELANTE DE MÍ... Hazme oír gozo y alegría y se recrearán los huesos QUE HAS ABATIDO...no me echés de delante de ti y no quites de mí tu Santo Espíritu” (Salmo 51: 1, 3, 8, 11);**

**“Mientras callé, envejecieron mis huesos en mi gemir TODO EL DÍA, porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano, volvióse mi verdor en sequedades de estío...Muchos dolores para el impío...” Salmo 32: 3-4, 10a.**

¡A qué extremo puede llevar la conciencia turbada por el adulterio! Recuerdo a un dirigente evidentemente muy dedicado a la iglesia, que se dejó atrapar por el adulterio y a quien turbó de tal manera su conciencia que un día cualquiera se arrojó a un caudaloso río, de rápida corriente, sin que jamás pudiera ser encontrado su cuerpo.

¡Cuántos adúlteros que dejan a su cónyuge por causa de sus defectos se unen a otra persona que tiene los mismo defectos y aun peores! Conocí a un hombre que me recomendó a su ex esposa para que me ayudara en cierto trámite. Cuando fui a darle las gracias por su favor y por la buena acogida que encontré de parte de ella, me dijo: “Me separé de ella por su mal genio y me casé con otra ¡mucho peor!” Es como un juicio anticipado de Dios contra la infidelidad, por el cual le ciega el entendimiento al adúltero o adúltera.

Además siempre está presente el peligro de contraer una enfermedad venérea, entre ellas el temible SIDA, puesto que la probabilidad de que ello le ocurra a un cónyuge infiel es incomparablemente más alta que en los irrestrictamente fieles.

El daño que el adúltero o la adúltera se hace a sí mismo, o a sí misma, se expresa con fuerza en Proverbios 7: 22-23a:

**“Vase en pos de ella luego, como va el buey al degolladero y como el loco a las prisiones para ser castigado, como el ave que se apresura al lazo y no sabe que es contra su vida...”**

y en Proverbios 5: 8-14 y 22-23:

**“Aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa, porque no des a los extraños tu honor y tus años a cruel, porque no se harten los extraños de tu fuerza y tus trabajos estén en casa del extraño y gimas en tus postrimerías, cuando se consumiere tu carne y tu cuerpo y digas: ¡Cómo aborrecí el consejo y mi corazón menospreció la reprensión y no oí la voz de los que me adoctrinaban y a los que me enseñaban**

**no incliné mi oído! Casi en todo mal he estado, en medio de la sociedad y de la congregación...Prenderán al impío sus propias iniquidades y detenido será con las cuerdas de su pecado. Él morirá por falta de corrección y errará por la grandeza de su locura”**

y Proverbios 6: 27-29 y 32-33:

**“¿Tomará el hombre fuego en su seno, sin que sus vestidos se quemen? ¿Andará el hombre sobre las brasas, sin que sus pies se abrasen? Así el que entrare a la mujer de su prójimo ¡no será sin culpa cualquiera que la tocare...El que comete adulterio con la mujer es falto de entendimiento: Corrompe su alma el que tal hace. Plaga y vergüenza hallará y su afrenta nunca será raída”.**

### **¿Cómo vencer la tentación de adúlterar?**

1º Vale lo mismo que para los solteros tentados a fornicar, con las naturales diferencias, cuando se trata de personas maduras;

2º Es indispensable una genuina y elevada vida espiritual, una relación muy estrecha e íntima con el Señor, por el estudio y lectura diaria, devocional y amorosa de las Escrituras; la oración de fe, el servicio de corazón, dedicado, al Señor y la comunión estrecha con el pueblo de Dios; huir y apartarse de la tentación; reflexionar sobre las circunstancias, lugares, tiempo y relaciones más peligrosas, para estar especialmente alerta y en oración; desarrollar la firme convicción de que esta no es una conducta aceptable para un cristiano y que deshonra a su Creador y a su Salvador:

**“No hay otro mayor que yo en esta casa y ninguna cosa me ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer. ¿Cómo, pues, haría yo este grande mal y pecaría CONTRA DIOS?  
Génesis 39: 9;**

y apartar el pensamiento y los ojos de todo lo que pueda estimular tan mala conducta;

3º Además hay que corregir enérgicamente todo aquello que pueda inducir al adulterio y, por lo tanto, cultivar y fortalecer todas las actitudes y conductas en general, que se oponen a lo que corrientemente induce al adulterio:

- Cultivar un verdadero y sincero temor de Dios;
- Hacer uso de todos los medios de gracia, para tener una vigorosa vida espiritual;

- Conservar, construir y fortalecer el amor cada día, con los medios adecuados y corregir las conductas que lo debilitan y que hasta pueden matarlo;
- No dar todo por perdido cuando las dificultades para el amor son muy grandes, sino creer de verdad que nada es imposible para Dios y luchar con fe, denodadamente, por conservar y hacer revivir el amor;
- Concentrar decididamente el pensamiento sólo en el o la cónyuge y rechazar cualquier coqueteo con un o una extraña, aunque parezca por juego o fantasía;
- Limitar nuestras aspiraciones materiales a lo realmente posible y razonable y vencer con la gracia de Dios y una decidida acción de nuestra parte toda avaricia, ambición desmedida y envidia hacia los que tienen más, considerando que una unión conyugal feliz vale mucho más que todas las posesiones materiales; y
- Tener relaciones sexuales regulares y no permitir que ninguna reacción o sentimiento nuestro las perturbe.

**“La noche ha pasado y está por llegar el día: Echemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de luz. Andemos como de día, honestamente, no en glotonerías y borracheras, no en LECHOS (fornicación o adulterio) Y DISOLUCIONES, no en pendencias y envidias. Mas vestíos del Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne en sus deseos” Romanos 13: 12-14.**

**“YO HONRARÉ A LOS QUE ME HONRAN y los que me tuvieron en poco, serán viles” I Samuel 2: 30.**

**“Y toda inmundicia”** (o impureza, que es un sinónimo). La fornicación y el adulterio son formas de inmundicia o impureza, las más evidentes, pero no las únicas. Sin embargo, por lo general, el término se refiere a desórdenes de hecho, pensamiento o palabra, de la sexualidad y más ampliamente, a desórdenes sexuales o de los sentidos.

Como la sexualidad es una función tan noble, a la cual Dios le ha asignado objetivos tan elevados y de tanta bendición para su criatura humana, se comprende que todo mal uso o desorden de ella sea poderosamente condenado por las Escrituras y que el pueblo de Dios sea exhortado tan fuertemente a apartarse de tal desorden:

**“Amortiguad (haced morir), pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación,**

**inmundicia, molicie, mala concupiscencia...”  
Colosenses 3: 15;**

**“Porque no nos ha llamado Dios a inmundicia,  
sino a santificación” I Tesalonicenses 4: 7.**

En relación con 4: 19 dije que la inmundicia se refiere a “pensamientos desvergonzados y lenguaje obsceno”. Actualmente a esto se le llama “desinhibición”, pero una palabra más decente no cambia la naturaleza repugnante de la desvergüenza, de la falta de reverencia y temor de Dios y de respeto a sí mismo. El inmundo rebaja su propia condición humana.

Los actos inmundos incluyen la fornicación y todas las perversiones de hecho del instinto sexual. La completa depravación del hombre caído le lleva a idear y practicar las aberraciones sexuales más espantosas, muchas de las cuales ni siquiera pasan por la mente de los salvados o de no salvados que conservan la decencia por causa de la gracia común. No podré olvidar que un día, mientras descansaba en la sala de profesores en un período entre clase y clase en el entonces Instituto Pedagógico Técnico de la Universidad Técnica del Estado (ahora Universidad de Santiago), escuchaba la conversación de otros cuatro profesores (de los cuales uno llegó a ser Ministro del Interior, y, por lo tanto, potencial Vicepresidente de la República). Por su expresión maliciosa sabía que conversaban sobre alguna inmundicia, pero no entendía en absoluto a qué se referían.

No necesitamos, ni es bueno informarnos de ellas, sino en esta forma muy general. De todas estas perversiones Pablo menciona expresamente y con mucha precisión la homosexualidad (que incluye el lesbianismo) en Romanos 1. El Antiguo Testamento se refiere con evidente horror a esta perversión en Génesis 19: 5-7 y Jueces 19: 22-23, en el cual se dice que los que lo practican son “de Belial”. La ley de Moisés lo condena igualmente en Levítico 18: 22; 20: 13; etc. La justificación de la homosexualidad es otra manifestación del humanismo imperante. Para Dios es simplemente lo que es: una perversión. Sólo en contadísimos casos puede tener un origen genético que sólo predispone, pero no obliga a llegar a la homosexualidad. Si el problema es de definición de los órganos sexuales, esto puede ser corregido por la medicina.

El evangelio, sincera y verdaderamente aceptado, tiene poder para corregir la homosexualidad y para salvar aún a un homosexual o a una lesbiana.

Otra horrible perversión no mencionada en las Escrituras es la pedofilia.

Hay quienes por conveniencias sociales o por influencia de la educación recibida o por características personales, tales como la timidez, no practicarán jamás estas inmundicias de hecho, pero cuyas mentes y especialmente su imaginación, gira constantemente en torno de lo sexual y sensual y que son capaces de imaginar perversiones y aberraciones espantosas, que suelen revelar a un sádico o un masoquista. Es muy probable que los que practican

inmundicias de hecho hayan comenzado por imaginarlas o pensarlas, pero aunque nunca pongan en práctica esos pensamientos e imaginaciones, no por eso dejan de ser inmundicias de las que hay que apartarse, porque Dios mira el corazón y conoce hasta los pensamientos más secretos. Esos pensamientos e imaginaciones contaminan, son impuros y destruyen la pureza y santidad a la cual somos llamados. Dejarnos llevar por ellos puede ser muy agradable para la carne, pero vencerlos, con el poder de Dios y nuestra decisión de obedecer al Señor, será mucho más feliz. Toda victoria, aunque sea en un juego pueril, produce felicidad y toda derrota, tristeza, decepción y sentido de fracaso. Mucho más en un caso como el que estamos considerando.

Una de las expresiones más comunes de impureza o inmundicia es el lenguaje obsceno. Notemos que las obscenidades o lenguaje sucio, se refieren mayoritariamente al sexo y aunque llegan a ser tan comunes y arraigadas, que los que las usan pierden la conciencia de su significado, sigue siendo cierto que “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12: 34; Lucas 6: 45). Uno de los cambios más notables de la nueva criatura debe ser la purificación de su lenguaje. El hijo de Dios debe ser conocido como uno que jamás dice una obscenidad, cuyo lenguaje es siempre puro y agradable. Algunas obscenidades se disfrazan cambiando algo su sonido. Creo que aun esas formas alteradas deberían ser evitadas por los creyentes, a pesar de que son usadas por ignorancia de su origen obsceno.

A lo anterior hay que agregar el lenguaje malicioso que arrastra por el suelo la santidad del sexo. Hay quienes lo hacen en la forma más grosera; otros, con refinada sutileza, como el sepulcro blanqueado, que dentro está lleno de podredumbre. Ambas formas deben ser evitadas por el redimido. Es inimaginable que un verdadero hijo de Dios hable maliciosamente (en el sentido que aquí doy al término “malicioso”), pero el salvado debe evitar hasta el escuchar tal lenguaje, por lo cual debe apartarse de los que lo usan y si le es imposible hacerlo, ni aun por cortesía debe aparecer como celebrándolo o asociándose a una práctica tan sucia y tan vil. Caen dentro de esta inmundicia los humoristas de mala calidad de la televisión que recurren a esta clase de lenguaje malicioso u obsceno como único recurso para hacer reír a un público abyecto.

En mi simple opinión personal, estimo que también el lenguaje que hace referencia a procesos fisiológicos normales o enfermizos que normalmente causan repugnancia instintiva y que se deleita en ello es también inmundicia que debe ser evitada, aun cuando no tenga referencia necesaria al sexo. Mucho del lenguaje obsceno se refiere a esto mismo.

Las Escrituras hablan también de la inmundicia en forma figurada, como en II Corintios 7: 1:

**“Así que, amados, pues tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios”,**

donde Pablo usa un término diferente al que emplea aquí en 5: 3. Frecuentemente esto se relaciona con la idolatría. En el Antiguo Testamento, limpiar el templo de sus inmundicias era sacar de él los ídolos y todo objeto relacionado con su culto: II Crónicas 29: 5, 16; II Reyes 21: 21. En general, la Escritura llama inmundo a todo lo que es repugnante y, a veces, contagioso: Levítico 7: 21; 5: 2; 13: 15; Marcos 5: 12, 13; etc.

Hay una tercera clase de lenguaje obsceno que consiste en blasfemar de las cosas más santas o tenidas por tales:

En cuanto a la idolatría, es probable que su inmundicia se deba al hecho de que solía estar unida a desórdenes sexuales. Desde la India hasta Grecia y Roma, pasando por Babilonia, Fenicia, Egipto y Canaán, muchos cultos idolátricos tenían connotación sexual y los templos dedicados a ellos eran, en la práctica, prostíbulos. De ahí que fueran tan populares los falsos dioses y diosas de la fertilidad.

Todavía puede incluirse dentro de la inmundicia que el creyente verdadero debe evitar todo uso desordenado de los sentidos, como la gula, la concupiscencia de los ojos y los oídos, el alcoholismo, tabaquismo, drogadicción, etc.

**“O avaricia”**. El término usado en griego aparece asociado frecuentemente a la fornicación y la inmundicia, como aquí:

**“Estando atestados de toda iniquidad, de fornicación, de malicia, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades” Romanos 1: 29;**

**“Amortiguad (haced morir), pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, inmundicia, molicie, mala concupiscencia y avaricia, que es idolatría” Colosenses 3: 5.**

Creo que hay a lo menos dos razones para esta asociación:

- 1º La avaricia ocupa un lugar destacado entre los pecados de la carne, no es más “honorable” o “decente” que la fornicación e inmundicia de toda clase; y
- 2º El avaro ha dado vuelta la espalda al Dios vivo y verdadero y ha puesto su confianza en el dinero, que es un ídolo. Como todo su corazón o interés está puesto en las cosas de la tierra, es muy natural que ocurra lo que se verifica en la práctica: que sea poderosamente atraído por todo lo que es de esta tierra y por todos los pecados de la carne, notoriamente la fornicación y la inmundicia, que acabo de tratar. Dije entonces que una causa frecuente del adulterio es precisamente el deseo desenfrenado de bienes materiales y dinero, lo que lo asocia con la avaricia.

El término griego denota tanto la avaricia, es decir, el afán desordenado de poseer riquezas para guardarlas, como un fin en sí mismo, como la

codicia, que es un deseo vehemente y desordenado de poseer riquezas tanto para atesorarlas como para usarlas para satisfacer los deseos carnales de poder, dignidad, honor y fama. Así se entiende bien por qué Pablo le dice a Timoteo:

**“Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo y en muchas codicias locas y dañosas, que hunden a los hombres en perdición y muerte. Porque el amor del dinero es la raíz de todos los males, el cual, codiciando algunos, se descaminaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores” I Timoteo 6: 9, 10.**

Es muy conocida la vida miserable, solitaria y proclive a muchas perversiones de los avaros de toda época.

Walt Disney ilustró y caricaturizó al avaro con su personaje Rico Mc Pato, cuyos ojos brillan con el signo peso. Hay muchos más en los cuales este signo está grabado en su corazón. Lo peligroso de esta caricatura es que hace reír de lo que en realidad es una tragedia y un gran mal y hace pensar en otros y no en el peligro en que podemos estar de caer en tan grande pecado o de practicarlo sin ni siquiera darnos cuenta.

No es malo en sí que procuremos tener prosperidad material y que nos esforcemos en un trabajo honrado, para progresar materialmente. La prosperidad que podamos alcanzar puede ser un don de Dios, siempre y cuando no pongamos el corazón en el dinero y ganarlo en grandes cantidades no sea el objetivo de nuestra vida, para vivir egoístamente, dándonos toda clase de gustos, como si nuestra prosperidad fuera el resultado únicamente de nuestra capacidad y esfuerzo y no un don de Dios. Será la prosperidad un don de Dios y no una trampa mortal, si es dedicada al Señor, a su obra y a los menos favorecidos que nosotros, como vimos en 4: 28. Tomemos también en cuenta

**I Timoteo 6: 17-19:**

**“A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da las cosas en abundancia de que gocemos; que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, que con facilidad comuniquen, atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano a la vida eterna”.**

Es grande el peligro de que un rico caiga en la soberbia y en la confianza en sí mismo.

Tú, joven, que estás abriéndote paso en la vida, que estudias una profesión con qué ganarte la vida: ¿Has pensado en que podrías ejercer esa profesión no en una gran ciudad, que ofrece muchas oportunidades, sino en un

lugar más modesto, donde falta un obrero cristiano y donde tú podrías ser ese obrero? Si esto ni siquiera ha pasado por tu mente, ¿no será que algo de avaricia o codicia está en tu corazón? Hay que reflexionar seriamente en esto y tratarlo con Dios en la intimidad de nuestra relación con él. O ¿has pensado que el dinero que ganas te permite trabajar menos y dedicarte más tiempo al servicio de tu Dios y, eventualmente, si él te llama, llegar a ser un ministro suyo?

No solo los que ganan mucho dinero pueden tener la avaricia en su corazón. También podemos tenerla si creemos que teniendo mucho dinero podemos solucionar todos nuestros problemas, porque en tal caso igualmente nuestra confianza está en el dinero y no únicamente en el Dios vivo y verdadero. Por eso son en gran parte tan pecaminosos los juegos de azar, puesto que su motivación es solucionar todos los problemas mediante un “golpe de suerte”. De ahí que Dios los condene:

**“Empero vosotros los QUE DEJÁIS A JEHOVÁ, que olvidáis el monte de mi santidad, que ponéis mesa para la FORTUNA y suministráis libaciones para el DESTINO, yo también os destinaré al cuchillo...” Isaías 65: 11-12.**

Vemos, pues, que no sólo en los avaros, dignos de lástima en su sordidez, está este pecado, sino que puede estar en nuestro corazón y vida mucho más de lo que nunca hemos pensado. No olvidemos que el Señor lo asocia estrechamente nada menos que con la fornicación y la inmundicia, de las cuales posiblemente nos retiramos con horror la mayoría de nosotros.

**“Ni aun se nombre entre nosotros”.** ¡Cuán drástica y cuán sabia es esta prohibición! Tan malvadas son la fornicación, inmundicia y avaricia, tan repugnante para Dios, que no debemos querer informarnos, tratar, ni aún hablar de los detalles perversos que suelen rodearlos, salvo que por circunstancias excepcionales, y sólo con el fin verdadero y sincero de combatirlos, sea necesario hacerlo, como acaba de hacerlo el mismo Pablo, y esto sólo en el caso de los que predicán o enseñan las Escrituras, quienes tienen que escudriñar de todos modos muy cuidadosamente su corazón para estar seguros de que lo hacen con sincero desagrado y sólo por imperiosa necesidad (como cuando tenemos que leer los escritos de los apóstatas para combatirlos). En estos casos, al referirnos a ellos debemos hacerlo con la máxima delicadeza que sea compatible con la claridad que haga eficaz la referencia, sin entrar en detalles inútiles, morbosos o sórdidos. ¡Es tan engañoso nuestro corazón (Jeremías 17: 9)! ¡Es tan fácil deleitarnos en hablar de esto, con el pretexto de que sólo queremos informarnos! Esto es muy común en los círculos de adolescentes y jóvenes mundanos y profanos del mismo sexo o entre hombres maduros, aun en la compañía de mujeres desenfrenadas. Cada vez es más común que esto se dé también entre mujeres maduras, sin temor de Dios y ¡cuán común en las a menudo mal llamadas clases de “educación sexual” en los colegios, que suelen ser clases de inmoralidad con funestas consecuencias para los mismos estudiantes, sus familias y nuestra sociedad!

Si ni siquiera debemos hablar de esto, menos debemos practicarlo, aunque la mayoría de los inconversos lo haga, aunque el “espíritu de los tiempos” lo requiera o sean la costumbre normal de una época o cultura. Dios lo rechaza con gran disgusto y para el hijo de Dios esto debe ser determinante: no somos nuestros, no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino al Señor que nos rescató al precio de su bendita sangre derramada con tanto dolor. La menor sospecha de que podamos tener parte en tales pecados forma un contraste agudo con nuestra condición de santos, de apartados del mundo, para Dios. Por eso, no debe haber ni la menor sospecha de que los creyentes los practiquen.

**“Como conviene a santos”**. Esta es la manera adecuada, apropiada, de actuar de nosotros, los santos de Cristo. Recordemos que tan alto título no lo tenemos por mérito nuestro o por alguna excepcional capacidad nuestra, sino que es simplemente nuestra posición en Cristo: él nos redimió, nos vistió con sus méritos, cubrió nuestros pecados con su sangre y por esa sola y única razón somos sus santos. Esto hace recaer sobre nosotros una tremenda responsabilidad:

**“Porque comprados sois por precio, glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” I Corintios 6: 20;**

**“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos” Mateo 5: 16;**

**“Teniendo vuestra conversación (modo de vivir) honesta entre los gentiles, para que en lo que ellos murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, estimándoos por las buenas obras” I Pedro 2: 12;**

**“Por tantos, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin culpa en medio de la nación maligna y perversa, entre los cuales resplandecéis como luminas en el mundo” Filipenses 2 : 12-15; etc.**

Si creemos que somos salvos y estimamos nuestra salvación como lo más preciado que tenemos, ésta es la clase de conducta que debemos amar y

buscar con todas nuestras fuerzas, confiando en que el poder del Señor lo hará en nosotros. Nada más puede, ni debe, importarnos. Qué nos llamen fanáticos, puritanos, anticuados, que vamos contra la corriente, que no disfrutamos la vida, que somos raros o tontos ¿qué nos importa? ¿Qué vale: la aprobación de Dios o la del mundo?

**“Con todo eso, aun de los príncipes, muchos creyeron en él, mas por causa de los fariseos no lo confesaban, por no ser echados de la sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” Juan 12: 42-43.**

En relación con lo anterior no olvidemos que no se trata de ocultar nuestra conducta de los hombres, porque Dios todo lo sabe y lo ve:

**“Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual también aclarará lo oculto de las tinieblas y manifestará los intentos de los corazones y entonces cada uno tendrá de Dios la alabanza” I Corintios 4: 5.**

**Versículo 4:**

**“Ni palabras torpes, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias”.**

**“Ni palabras torpes”** Una traducción más exacta es “torpezas” o “desvergüenzas”, porque el término incluye tanto palabras como actos o conducta. Es la reiteración de parte de lo incluido en el término “inmundicia” del versículo anterior, no sólo por lo común y malvado que es, sino también para enfatizar su maldad y el hecho de que no corresponde a la condición de cristiano y a que indica falta de dignidad y estimación por la propia honra, por la descarada ostentación del pecado que la caracteriza y a que es un lenguaje y conducta despreciable.

El sentido preciso del término es “inmundicia, suciedad, corrupción, obscenidad”, por lo cual incluye todos los actos, pensamientos y palabras que se refieren a perversiones del instinto animal y otros hechos repugnantes y desagradables y su exhibición pública y abierta mediante hechos y palabras de lo que instintivamente se calla u oculta.

**“Ni necedades”.** Aquí se hace referencia exclusiva al lenguaje imprudente, desatinado y jactancioso o presumido (es decir que revela un alto concepto de sí mismo) y que es calificado de lenguaje necio o tonto. Este lenguaje frecuentemente pone en ridículo al que lo usa, pero además es muy dañino y el diablo lo estimula en los que tienen poca inteligencia espiritual, para escandalizar y perder las almas de los débiles o de los que recién empiezan a interesarse en su alma y en el evangelio. A este lenguaje necio o tonto corresponde también el de aquellos que hablan duramente, hieren o calumnian a los que los tienen por amigos:

**“Que amolaron su lengua como cuchillo y armaron por su saeta palabra amarga” Salmo 64: 3;**

**“Ablandan más que manteca su boca, pero guerra hay en su corazón; suavizan sus palabras más que el aceite, mas ellas son cuchillos” Salmo 55: 21.**

Cuando se dan cuenta de su torpeza, o son enfrentados a causa de su necedad, dicen: ¡Pero si yo hablaba en broma!, añadiendo así a la tontería la hipocresía:

**“Tal es el hombre que daña a su amigo y dice: Ciertamente me chanceaba” Proverbios 26: 19.**

¡Cuán necesario es enfatizar Jeremías 17: 9:

**“Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso ¿quién lo conocerá?,**

porque pocos de los que hablan neciamente se dan cuenta de ello y si se dieran cuenta refrenarían su lengua cuidadosamente, aunque no fuera sino para no hacer el ridículo o pasar por necios o tontos, aunque lo que es de esperar en un cristiano verdadero es que ore como en el Salmo 19:12:

**“Lo errores ¿quién los entenderá? Líbrame de los que me son ocultos”,**

o como el Salmo 139: 23-24:

**“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón, pruébame y reconoce mis pensamientos y ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno”,**

o aún como en Job 34: 32:

**“Enséñame tú lo que yo no veo, que si hice mal, no lo haré más”,**

y que haga como dice en Santiago 1: 5-6:

**“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente y no zahiere y le será dada, pero pida en fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda de la mar, que es movida del viento y echada de una parte a otra”.**

La gracia de Dios puede de librar aun al creyente más torpe de su hablar necio.

**“Ni truhanerías”**, que está estrechamente relacionado con lo anterior. “Truhanerías” se refiere a “bufonadas, gestos, cuentos o patrañas con que se procura divertir y hacer reír”, lo que se convierte en una manera habitual de hablar. El truhán es o quiere parecer gracioso y para ello no vacila en recurrir al chiste grosero o de doble sentido. El término griego no se refiere a la persona aguda y chispeante, que provoca risa de buena ley, en momento oportuno y que tan a menudo hace llevaderas las relaciones sociales o disipa la tensión en situaciones difíciles. El buen humor sano no es condenado. En cambio es condenable la actitud del que ve todo con humor sombrío y condena hasta la más inocente sonrisa, porque ¿cómo podemos proceder así los que hemos sido rescatados de la perdición y tenemos la felicidad de que nuestros pecados estén perdonados y seamos hijos de Dios? Una felicidad verdadera se expresa en buen humor y nadie tiene más razón para ello que el redimido. El que todo lo ve con colores sombríos da mal testimonio del evangelio.

El término original se refiere más bien a la frivolidad o liviandad del que no toma nada en serio, todo lo echa a la risa, porque no le da importancia al pecado y a que lo expresa con un hablar grosero, que enturbia, corrompe o echa a perder la conversación, lo que no es aceptable ni tolerable en un cristiano verdadero. El contexto muestra claramente el sentido negativo del término.

**“Que no convienen”**. Las torpezas o desvergüenzas, el hablar imprudente, desatinado, jactancioso o presumido, que es necio; y el lenguaje frívolo o liviano, que con facilidad recurre al chiste grosero para pasar por gracioso, no son propios de cristianos verdaderos, no corresponden a su condición de redimidos, santos o hijos de Dios y por eso, desde nuestro punto de vista, son indecentes: “que no convienen” es una manera suave de decir: “Son indecentes”.

**“Sino antes bien acciones de gracias”**. Todo lo anterior nace de un corazón impuro, pero el corazón del creyente genuino debe estar lleno de amor y gratitud a Dios, por lo cual lo que llena su corazón debe expresarse en “acciones de gracias”, es decir en palabras que expresen gratitud y alabanza. Esto y no la desvergüenza, necedad y truhanería, debe caracterizar el hablar del cristiano. Por otra parte ese hablar lleno de gratitud y alabanza será también moderadamente gozoso, alegre y jovial, lo cual expresará elocuentemente lo profundo de esos sentimientos:

**“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazónada con sal, para que sepáis cómo os conviene responder a cada uno”**.

**Versículo 5:**

**“Porque sabéis esto, que ningún fornicario o inmundo o avaro, que es servidor de ídolos, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”**.

**“Sabéis esto”** es muy enfático. Pablo no está diciendo nada nuevo. Lo sabían, porque se enseña extensamente en la Palabra de Dios y también porque la propia conciencia, en la que Dios ha escrito su ley, da testimonio de esto. En el fondo, ningún fornicario, inmundo o avaro puede estar íntimamente convencido de que al actuar de esta manera está haciendo bien.

Sin embargo, aunque sea un hecho perfectamente conocido, lo repite para darle énfasis y también para grabarlo en la conciencia, porque se trata de pecados de tal naturaleza que no basta que sean reprobados una sola vez para que seamos librados de ellos. Por eso tenemos que repetir una y otra vez lo mismo, para que se grabe a fuego en nuestra mente que son muy perniciosos. Al respecto dice el mismo Pablo en Filipenses 3: 1:

**“Resta, hermanos que os gocéis en el Señor. A mí a la verdad, no es molesto el escribiros las mismas cosas y para vosotros es seguro”**

y también Pedro, en II Pedro 1: 12:

**“Por esto, yo no dejaré de amonestaros siempre de estas cosas, aunque vosotros las sepáis y estéis confirmados en la verdad presente”.**

Nótese que la exclusión es absoluta: los que viven en estas maldades, es decir, que las comenten habitualmente, se gozan en ellas, están decididos a continuar practicándolas y, por lo tanto, no experimentan ningún arrepentimiento respecto a ellas, ni creen o no les importa, que ofenden a Dios y quebrantan su ley o voluntad, están perdidos, no irán al cielo, no verán ni participarán en el reino de Dios:

**“¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No erréis, que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores, heredarán el reino de Dios” I Corintios 6: 9-10;**

**“Mas los perros estarán fuera y los hechiceros y los disolutos y los homicidas y los idólatras y cualquiera que ama y hace mentira” Apocalipsis 22: 15.**

También Gálatas 5: 19-21 y Colosenses 3: 5, 6.

De esto se deduce que quien profesa fe verdadera en Cristo y toma conciencia de su gran pecado contra Dios, se arrepentirá, lo confesará a Dios, se apartará de él (es decir, ya no vivirá en él, aunque ocasional y temporalmente pueda recaer) y confiará efectivamente en que la sangre de Cristo limpia de toda pecado. Así será perdonado e irá al cielo. Sin embargo su

vida de pecado le producirá un intenso sufrimiento y, eventualmente, aún la muerte. La exclusión drástica afecta a los impenitentes. ¡Qué nadie se engañe acerca de algo tan esencial para su destino eterno!

Una vez más la avaricia aparece junto con la fornicación y la inmundicia y ahora se la califica expresamente de idolatría, como en Colosenses 3: 5. Lo extremadamente malo de la avaricia es que pone su corazón en el dinero, con toda su confianza en él, en lugar de Dios. Por eso es idolatría. La asociación puede deberse tanto a que la idolatría es el fundamento y está en el corazón de la fornicación, la inmundicia y la avaricia, como a que la avaricia revela una vida muy carnal, que, por esa razón, tiene potente inclinación a la fornicación y la inmundicia. Además la idolatría es calificada de fornicación e inmundicia en toda la Biblia y especialmente en el Antiguo Testamento. No olvidemos que el no ser diezmeros o el planificar nuestro futuro sólo en relación con la satisfacción de necesidades o deseos materiales y no para la gloria y servicio de Dios es una forma de avaricia.

No puede decidirse terminantemente si la expresión traducida “reino de Cristo y de Dios” debe traducirse así o “reino de Cristo y Dios”. En el primer caso se refiere al Padre y al Hijo; en el segundo, sólo a Cristo, que es Dios. Pero cualquiera sea el sentido, se expresa aquí “la unidad inefable del Padre y del Hijo”. La intención es evidente: “al pronunciarse con tanta seriedad contra todos los hombres viciosos; que acaba de nombrar como absolutamente excluidos del reino de Cristo, no quiere decir que es de un hombre, de una criatura, sino que de la comunión con Dios (mismo) que se priva el pecador impenitente” (Bonnet y Schroeder). Esta es una consecuencia aterradora del pecado y de la inmoralidad condenada desde 4: 17 hasta 5: 5. Lo aterradora que es se ve en Mateo 13: 41, 42 y 25: 41:

**“Enviaré el Hijo del hombre sus ángeles y cogerán de su reino todos los escándalos y los que hacen iniquidad y los echarán en el horno de fuego: allí será el lloro y el crujir de dientes”...“Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles”.**

**Versículo 6:**

**“Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia”.**

**“Nadie os engañe con palabras vanas”.** Es un hecho que existen los que niegan la verdad de lo dicho en el versículo anterior. Estos pueden ser de fuera de la iglesia: la gente en general, pero especialmente los pensadores incrédulos, el mundo (Colosenses 2: 4, 8). Desgraciadamente la negación

también puede provenir de dentro de la misma iglesia (II Pedro 2: 1, 2, 10, 17 - 22).

Estas personas emplean argumentos sutiles, ingeniosos y engañosos, para hacer parecer que lo negro es blanco y niegan que la conducta inmoral condenada por el Señor tenga la consecuencia aterradora mencionada en el versículo 5. Por lo general, estas personas dicen burlescamente que la moral bíblica es “puritana” y cosa del pasado, que ahora hay que tener criterio más amplio y una vida más libre, con lo cual cambian la libertad en libertinaje.

Debemos tener mucho cuidado con nosotros mismos, con nuestro engañoso corazón, porque hasta nosotros podemos intentar manipular los hechos y sentimientos, para autoconvencernos de que no es malo (o por lo menos, no tan malo) lo que claramente lo es, para practicar una conducta pecaminosa que sabemos es condenada por Dios, pero que nos gusta y estamos resueltos a continuar practicando.

Estos argumentos y palabras son vanos o vacíos, no porque no tengan contenido, sino porque no sirven para nada bueno; no sirven, porque ninguna ingeniosidad ni razonamiento humano hará que deje de ser verdad lo que Dios dice en su Palabra. Son vanos en el sentido en que decimos que una nuez es vana, no porque no haya nada en su interior, sino porque lo que hay no sirve.

**“Porque por estas cosas viene la ira sobre los hijos de desobediencia”.** Esto es lo que las palabras vanas, las que no sirven para nada, no pueden cambiar.

**“Estas cosas”** se refiere específicamente a la fornicación, inmundicia y avaricia, pero indirectamente incluye toda forma de pecado.

Los que viven en el pecado son “hijos de desobediencia” (modo de expresión típicamente hebreo), es decir, desobedientes, porque conocen la voluntad de Dios, sea por la Palabra de Dios, sea por su conciencia:

**“Porque los gentiles que no tienen ley, naturalmente haciendo lo que es de la ley, los tales, aunque no tengan ley, ellos son ley a sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias y acusándose y también excusándose sus pensamientos unos con otros” Romanos 2: 14-15;**

**“Porque manifiesta es la ira de Dios del cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad con injusticia, porque lo que de Dios se conoce, a ellos es manifiesto, porque Dios se lo manifestó, porque**

**las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas de modo que son inexcusables, porque habiendo conocido a Dios no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias, antes se desvanecieron en sus discursos y el necio corazón de ellos fue entenebrecido” Romanos 1: 18-21,**

pero no le obedecen y hasta quieren anularla con sus vanos y necios argumentos y discursos.

Aunque con sus ingeniosos argumentos y palabras estos desobedientes quieren desentenderse de la clara y terrible condenación divina contra los pecadores impenitentes, subsiste el hecho que están bajo la ira de Dios, ya ahora, en esta vida:

**“El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios ESTÁ sobre él” Juan 3: 36;**

**“El que en él cree, no es condenado, mas el que no cree, ya es condenado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación, porque la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, porque sus obras no sean redargüidas” Juan 3: 18-20.**

(Ya que el infierno realmente existe y es tan espantoso ¡cómo debemos esforzarnos en arrebatarnos a nuestros seres queridos y a todo el mundo de él, por medio de la fiel predicación del evangelio! ¡Cuán necesario es que dejemos la desidia y el descuido en algo tan importante!).

La ira de Dios no puede compararse con la del hombre, que a menudo se desata sin freno ni consideración alguna. La de Dios es el castigo justo, merecido e inexorable que su justicia aplica a los desobedientes, que por esa misma desobediencia son injustos, ya que no le dan a Dios lo que tiene derecho a esperar de ellos como su Creador y, si profesan ser cristianos, más todavía como Redentor. Hay que tener presente que la justicia de Dios es un aspecto de su misma esencia, por lo cual siempre obra con justicia. Puede haber decidido salvar o no a una de sus criaturas, pero nunca decidirá suspender el ejercicio de su justicia, por lo cual su ira es de una majestad verdaderamente temible, lo que hace que la necedad de los pecadores impenitentes sea inconmensurable y producirá su indecible terror cuando se den cuenta de que se burlaron y despreciaron la justicia de Dios con su conducta y sus palabras y vanos razonamientos:

**“Porque tú no eres un Dios que ame la maldad, el malo no habitará junto a ti. No estarán los insensatos delante de tus ojos; aborreces a todos los que obran iniquidad” Salmo 5: 4, 5.**

**Versículo 7:**

**“No seáis pues aparceros con ellos”,**

es decir, no participéis junto con ellos en sus pecados.

Es una gran felicidad obedecer esto:

**“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado” Salmo 1: 1.**

También el Señor nos exhorta fuertemente a no dejarnos arrastrar por los malos, ni a participar en sus pecados:

**“Hijo mío, si los pecadores te quisieran engañar, NO CONSIENTAS” Proverbios 1: 10.**

La avaricia y ambición de riqueza lleva a muchos cristianos a asociarse con incrédulos; para realizar negocios dudosos o claramente ilícitos, cuyos resultados suelen ser desastrosos para el creyente. Muchos jóvenes cristianos se unen a jóvenes inconversos para ir a fiestas y otros lugares malos por la curiosidad de saber cómo son con resultados igualmente desastrosos. Por eso es gran felicidad no ser aparceros, no participar con ellos.

El “pues” indica que a causa de lo que se acaba de decir que no debemos participar en los pecados de los inicuos, en este caso, la fornicación, la inmundicia y la avaricia. La razón es que si lo hacemos, también vendrá sobre nosotros la ira de Dios. Si uno que profesa ser cristiano y experimentó la poderosa obra del Espíritu Santo mencionada en Hebreos 6: 4-5:

**“...los que una vez fueron iluminados y gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y asimismo gustaron la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero”,**

pero que, sin embargo no incluye la regeneración ni el sello del Espíritu Santo (como se puede apreciar por el versículo 9, que coloca aparte de ellos a los regenerados) y vuelve a envolverse con los malos, no podrá arrepentirse (Hebreos 6: 6) será abrasado por el juicio de Dios (Hebreos 6: 8). Entonces, porque debemos hacer “segura nuestra vocación y elección” (II Pedro 1: 10), no podemos VIVIR en esos pecados. Si lo hacemos, nos estaremos

demostrando a nosotros mismos y a los demás que no somos redimidos. Si, por el contrario, no podemos conformarnos con vivir de esa manera y luchamos tenazmente contra el pecado, aunque ocasionalmente o temporalmente podamos caer, podemos confiar en que eso es fruto de nuestra regeneración. Entonces, el que conoce esta exhortación y no la toma en cuenta para nada en su vida práctica, tema estar bajo la ira del Omnipotente e ir precipitándose a eterna perdición, pero esté tranquilo aquel a quien estas palabras le llegan profundamente a su corazón y lo motivan poderosamente a apartarse de los inicuos y a no ir por sus malos caminos.

El **“pues”** indica que la exhortación de este versículo es tanto porque “la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia”, como porque no debemos ser engañados por “vanas palabras”, por las cuales supongamos que podemos retener la herencia que tenemos en Cristo y al mismo tiempo volver a, o seguir viviendo en, nuestros antiguos pecados.

#### **Versículo 8:**

**“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor: Andad como hijos de luz”.**

**“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor”.** Esta es la razón de la prohibición del versículo anterior: Puesto que ya no sois más tinieblas, sino luz, no participéis, no viváis, más en los pecados de los incrédulos:

**“Si nosotros dijéremos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no hacemos la verdad, mas si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión entre nosotros y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” I Juan 1: 6-7.**

Antes habían estado, igual que nosotros, en la ignorancia, por su propia elección:

**“Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias, antes se desvanecieron en sus discursos y el necio corazón de ellos fue entenebrecido” Romanos 1: 21.**

Es común en el lenguaje bíblico, y también en el extrabíblico, referirse a la ignorancia como “tinieblas”, solo que en el lenguaje bíblico “tinieblas” se refiere tanto a la ignorancia intelectual como espiritual. Antes de convertirse (ellos y nosotros) eran tan ignorantes de Dios y de su voluntad, que se habían identificado con el mal, por lo cual entonces esos pecados de fornicación, inmundicia y avaricia eran para ellos un comportamiento natural. Por eso se puede decir no sólo que andaban en tinieblas, sino que eran tinieblas. Pero eso ya había pasado, había sido su condición anterior. Ahora eran (ellos y nosotros) luz en el Señor, por lo cual no tenemos ni siquiera la débil disculpa de

la ignorancia, si caemos en pecado. Habían nacido de nuevo por la fe en Cristo y él vivía en ellos, así como en nosotros de modo que la verdad divina había penetrado profundamente en sus corazones, transformando completamente sus vidas e iluminándolas moral, espiritual e intelectualmente. Por eso, no sólo caminaban en luz, sino eran luz, como nosotros también. Hay una luz exterior que alumbra el camino que seguimos y de nosotros mismos irradia la luz que alumbra nuestro camino.

El contraste entre ser tinieblas antes y luz ahora no puede ser más marcado. La verdad les poseía en tal forma que ahora no sólo han sido iluminados por el Espíritu de Dios, sino que ellos mismos irradian la luz del Señor a los demás:

**“Vosotros sois la luz del mundo; Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder” Mateo 5: 14;**

**“Para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin culpa en medio de la nación maligna y perversa, entre los cuales resplandecéis como luminas en el mundo” Filipenses 2: 15.**

Viven en estrecha intimidad con Cristo, que es la luz del mundo, y por eso son “luz en el Señor”, es decir reflejan la luz del Señor a los demás, como la luna refleja la luz del sol.

Esa transformación tan drástica de ser tinieblas a ser luz motiva el imperativo: “Andad como hijos de luz”.

Si profesamos ser “hijos de luz”, pero seguimos viviendo en los pecados que nacen de una profunda ignorancia espiritual daremos toda la razón a los que duden de que sea verdadera nuestra condición de “hijos de luz” o de “luz en el Señor”. Si es verdad que ahora somos “luz en el Señor”, DEBE PRODUCIRSE UN GRAN CAMBIO EN NUESTRA CONDUCTA.

El mandato es sumamente importante, porque muchos que profesan ser salvos, en realidad sólo han cambiado de religión o han adoptado una, si no tenían ninguna; son meros asistentes o miembros de una iglesia, incluso muy activos en ella, pero siguen hablando y pensando inmundicias, no aman apasionadamente y sobre todo a Dios, ni a sus hermanos como a sí mismos; siguen mintiendo, murmurando, chismeando, siguen siendo soberbios y egoístas, vanidosos, rencorosos, maledicentes, vengativos, iracundos, deshonestos, etc. Si tales pecados son su conducta habitual, tenemos razón para dudar de que sean realmente salvados (aunque sólo a Dios corresponde pronunciar un juicio de condenación, porque sólo él conoce el corazón). Pero si hemos nacido de nuevo y por ellos hemos sido hechos luz en el Señor, nuestra manera de vivir y nuestros motivos (lo que nos hace actuar de determinado modo) deben necesariamente haber cambiado grandemente, aunque repito, podamos tener caídas o recaídas OCASIONALES, porque el nuevo nacimiento no nos hace impecables, aunque llegaremos a serlo, cuando estemos con el Señor.

Este cambio o transformación de vida indica, por supuesto, que obligadamente seremos diferentes de los no renacidos y que el nuevo nacimiento no puede ser un mero asunto de palabras, sino una realidad efectiva.

Este “andar como hijos de luz” deben ser la consecuencia de nuestra fe, de lo que creemos. Lo que uno cree sinceramente, aunque sea un error, siempre determina la conducta, sea en la vida cristiana, sea en la vida del mundo. Por eso una fe tibia, una adhesión débil al Señor y a su iglesia siempre se refleja en una conducta fluctuante, que continuamente hace dudar de que quienes viven así sean realmente salvos; porque siguen actuando a menudo como “tinieblas” y no como “luz”.

Este enérgico mandato significa que todos los cristianos verdaderos somos tentados continuamente a volver a las tinieblas, por lo cual es necesario que se nos recuerde a menudo que pertenecemos al reino de la luz, es decir que somos “hijos de Dios”, que nuestra naturaleza misma es ahora luz y que se nos exhorte incansablemente y con fuerza a ser consecuentes con nuestra profesión de fe, a vivir cada momento como verdaderos hijos de Dios.

#### **Versículo 9:**

**“(Porque el fruto del Espíritu es en toda bondad y justicia y verdad)”.**

Pablo se refiere al carácter de los hijos de luz en los versículos 9 y 10.

Parece seguro que el texto correcto es: “porque el fruto de la luz es...”, lo que corresponde al contexto. Sin embargo, la diferencia no es importante, porque somos luz por obra exclusiva del Espíritu Santo, que nos regenera y hace efectivos en nosotros los méritos de Cristo.

Como la expresión “andad como hijos de luz” es muy figurada, poética, uno podría preguntarse qué significa en lenguaje directo y llano. El paréntesis de este versículo es la respuesta: esto es lo que significa “andad como hijos de luz”.

Es un brevísimo, pero completo resumen de lo que es la virtud cristiana o, si se quiere de la enseñanza moral de la epístola, paralelo a Gálatas 5: 22 y 23:

**“...el fruto del Espíritu es: caridad (amor), gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”.**

En este pasaje se aprecia la ninguna importancia que tiene que dicha virtud se atribuya a “la luz” o al Espíritu.

También es paralelo a Filipenses 4: 8:

**“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, en esto pensad”.**

Pero el pasaje de Efesios aventaja a esos otros por su brevedad. Es otro ejemplo de los muchos casos en que las Escrituras nos enseñan brevísimamente, y en una forma destinada a grabarse fácilmente en la memoria, asuntos extensos y complejos, que requieren mucho espacio para tratarlos en detalle. Ejemplos notables de esto son Mateo 22: 37-39 y Mateo 7: 12.

Es de básica importancia que se atribuya la virtud cristiana a la luz y, por lo tanto, indirectamente, a la fe, porque somos luz por, y sólo por, la fe en Jesucristo. Quien no tiene fe en Jesucristo no puede ser luz. Quien es luz es porque tiene fe salvadora en el Cristo de las Escrituras, que es el único verdadero.

Es verdad que también hay virtud en los no cristianos, pero esa virtud es el fruto de la gracia común, por lo cual también es obra del Espíritu Santo (Juan 3: 21), aunque no es gracia salvadora:

**“Porque los gentiles que no tienen ley, naturalmente haciendo lo que es de la ley, los tales, aunque no tengan ley, ellos son ley a sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio justamente sus conciencias y acusándose y también excusándose sus pensamientos unos con otros...Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán y todos los que en la ley pecaron, por la ley serán juzgados” Romanos 2: 14-15 y 12.**

Esta gracia común es antecedente de la salvación en los elegidos, pero no conduce a Cristo a los no elegidos, quienes se atribuyen a sí mismos, a sus propios méritos, su virtud y rechazan o desconocen completamente a su verdadero autor. Por eso, en nuestros días se ha hecho cada vez más común separar la fe en el Dios verdadero, el de la Biblia, de la moralidad. Se sostiene que son independientes y que una vida virtuosa puede ser totalmente independiente de la fe en Dios y de su obra. Es notable, como ejemplo negativo, el caso de J.J.Rousseau, quien escribió al fin de sus días que era una gran felicidad terminar su vida con la conciencia tranquila, después de haber vivido virtuosamente. Sin embargo, tuvo varios hijos de diferentes mujeres, a los cuales abandonó, recién nacidos, en las puertas de conventos, para que allí fuesen adoptados y criados. En otras palabras, en los inconversos puede haber virtudes y hasta grandes virtudes, producidas en ellos sin que se den cuenta, debido a la gracia común, pero junto con grandes pecados, tales como la

ingratitude, la incredulidad, la impiedad, la vanidad, la soberbia irrestricta, el egoísmo, la presunción, etc.

Por otra parte, el creyente verdadero debe ser virtuoso. La persona piadosa, creyente y temerosa de Dios, debe ser virtuosa. Sin ello, toda su profesión de cristianismo, todas sus emociones y hasta sus sacrificios (aun dar la vida) y servicio a la iglesia son “tamo que arrebató el viento”, porque:

**“Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol lleva buenos frutos, mas el árbol maleado lleva malos frutos. No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto, córtase y échase en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre lanzamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les protestaré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad” Mateo 7: 16-23.**

De modo que la virtud cristiana es fruto de la luz que somos, es el resultado natural y necesario de nuestra regeneración por el Espíritu Santo y conversión a Cristo y consiste en toda bondad, justicia y verdad.

**“Bondad”** es la calidad de ser bueno, trátase de personas, animales o cosas.

Algo es bueno cuando cumple bien su objetivo. Un cuchillo bueno es uno que efectivamente sirve para cortar, un árbol bueno es el que produce el fruto que se espera que produzca; un caballo bueno es el que presta el servicio para el que está preparado. En caso de las personas, se refiere a excelencia moral y esto incluye:

\* La amabilidad, es decir el ser agradable y suave en la conversación y en el trato con los demás, ser amoroso, cariñoso o afectuoso, y también la benevolencia, que es simpatía y buena voluntad hacia las personas; y

\* La beneficencia o inclinación a hacer el bien.

Sin embargo, lo fundamental de la bondad es el amor, porque la bondad es el amor en acción, el amor que no se contenta sólo con desear el bien, sino que se esfuerza porque los demás disfruten efectivamente del mayor bien, sean felices, superen sus problemas materiales, emocionales y espirituales. En este sentido, la bondad puede llevar a actuar a veces en forma no suave, ni

amable, porque para librar al que se ama de un peligro de cualquier naturaleza puede ser necesario hablar o actuar con rudeza o ásperamente, como Jesús, cuando pronunció sus ayes sobre los escribas y fariseos o como cuando queremos que nuestra advertencia contra un peligro se grave indeleblemente en la mente de un hijo, lo cual es relativamente fácil cuando se trata de peligros físicos, como el peligro de quemarse en un estufa o ser atropellado al cruzar descuidadamente una calle, pero muy difícil para algunos cuando se trata de peligros morales o espirituales, lo que los lleva a actuar inconscientemente con una condescendencia que creen buena, pero que en realidad es mala, porque daña a mediano o largo plazo al hijo. La bondad procura el bien de los demás y cuando esto es posible lo hace con amabilidad, afabilidad, suavidad, pero cuando es necesario, actúa con toda la fuerza necesaria. La bondad no es débil, sino muy fuerte.

Se menciona primero la bondad en esta lista de virtudes cristianas, porque es lo primero que se espera de un verdadero creyente. Un cristiano malo es un contrasentido.

Lo verdaderos cristianos tenemos que ser buenos, porque Dios nos amó (fue bueno) primero con nosotros. Recordemos I Juan 4: 10, 19:

**“En esto consiste el amor, no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que nos amó a nosotros y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados...Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”.**

Esta es la fe que produce hombres y mujeres verdaderamente buenos. “La vanidad, el egoísmo, el temperamento y los deseos malos son vergonzosos y son quemados en el alma por el fuego del amor (de la bondad) de Dios, en Jesucristo, nuestro Señor”. Es así como debe llegar a albergar todo instinto e impulso generoso y todo afecto puro.

Debe tenerse presente que el fruto de la luz es en TODA bondad, lo que contrasta tan agudamente con 4: 31b. No se trata de un poco de bondad o de una bondad que se manifiesta de vez en cuando o de bondad y maldad mezcladas, sino de bondad en todo, permanente, que penetra todo nuestro ser, toda nuestra inteligencia, sentimientos y voluntad. No el simple deseo de ser buenos, sin voluntad para realizar lo que sea necesario para hacerlo efectivo.

**“Justicia”.** Es el concepto de justicia hay siempre dos partes que son seres morales y una ley por la cual una de estas partes tiene deberes u obligaciones para con la otra y ésta, por la misma ley, derechos sobre la primera. Hay justicia cuando la primera le da o cumple a la segunda lo que ésta tiene derecho a esperar o recibir de ella. En nuestro caso, cada uno de nosotros, los redimidos, tenemos obligaciones o deberes con Dios y con nuestro prójimo y ellos tienen derechos sobre nosotros. Hacemos justicia cuando le damos a Dios y a nuestro prójimo lo que tienen derecho a esperar o recibir de nosotros. Uno de los frutos o resultados de la luz, que somos por obra del Espíritu Santo, es que hemos adquirido conciencia de nuestras

obligaciones y deberes y que hay en nosotros un impulso interno de actuar de acuerdo con esos deberes a Dios y al prójimo, dándole lo que les corresponde recibir de nosotros. Esta es la justicia que es fruto de la luz.

La justicia va junto con la bondad, para evitar que esta última sea sólo un sentimiento superficial: buenas maneras o buena “educación” o buena disposición.

La justicia cristiana es lealtad a la santa y perfecta ley de Dios, por lo cual no consiste únicamente en observar externamente reglas formales, como han hecho los fariseos de todos los tiempos; ni sumisión a lo inevitable; ni consideración de las ventajas que se puedan obtener de la obediencia; amor a la ley divina en lo más íntimo de nuestro espíritu. En nuestra condición natural aborrecemos y somos rebeldes a la ley de Dios, pero reconciliados con Dios por Cristo, amamos y queremos obedecer su ley y ese amor nos lleva a hacer justicia.

De modo que bondad y justicia son dos virtudes complementarias: la bondad sin justicia es un mero sentimiento vago y vacilante; la justicia sin bondad es una mera formalidad muerta. No se puede amar a Dios y al prójimo, si no se ama la ley de Dios, porque el amor consiste en obedecer los mandamientos:

**“Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos y sus mandamientos no son penosos” I Juan 5: 3.**

Pero no se sabe nada sobre esa ley, si no se entiende que es la ley del amor, porque al cumplirla de corazón no le hacemos ningún bien, no le añadimos nada al perfecto Dios, sino que nosotros recibimos bendición, porque es la expresión de su infinito amor por nosotros. Por eso los mandamientos divinos no deberían ser penosos para los verdaderamente redimidos.

¿Por qué estas virtudes son fruto de la ley? Cristo fue a la cruz a causa de su celo consumidor, su pasión, por la justicia, pero también por su amor ardiente por la humanidad. Fueron dos fuegos en su alma que le consumieron y en la luz de esos fuegos nosotros hemos visto la luz y hemos sido hecho “luz en el Señor”. Por eso “el fruto de la luz es en toda bondad y justicia”.

Debe tenerse cuidado de no hacer inoperante la justicia por causa de la bondad, fundiéndolo todo en un exceso de sentimentalismo y emocionalismo. Los elevados principios de conducta, la honradez escrupulosa y la fuerte y firme devoción al deber son tan parte del carácter cristiano como los cálidos sentimientos, la amabilidad, el cariño, etc. Nunca debemos engrandecer el amor a costa de la ley, ni tampoco substituir el deber por los buenos sentimientos.

**“Verdad”**. Se menciona al final, porque califica la realidad, que nace del ser interior y profundidad de la bondad y la justicia. **“Verdad”** aquí es lo opuesto a la “falsedad” o “hipocresía” y significa, por lo tanto, “honestidad” y “sinceridad”, no mera veracidad o decir la verdad. La honradez de los no

cristianos suele llegar sólo hasta esto. Pero Dios requiere que la verdad que se dice corresponda a cierta realidad detrás de las palabras, por lo cual condena no sólo la mentira hablada, sino también al que desempeña un papel que no corresponde a lo que es en realidad, como un actor, y la intención de engañar o de dejar o producir una impresión falsa. A sus hijos Dios les exige que sean verdaderos en lo íntimo de su ser, exista armonía entre el ser interior y el exterior, correspondencia entre lo que son en sí mismos y lo que parecen ser y cómo desean ser vistos por los demás. Dios quiere que seamos verdaderos en lo que hablamos, en lo que hacemos, en lo que pensamos, completamente consecuentes y transparentes, para que la luz de la verdad divina, resplandezca en nosotros.

Por causa de lo dicho y estrictamente hablando, sólo los nacidos de nuevo por fe en Jesucristo, los regenerados y, por eso, hijos de luz plenamente buenos y justos, podemos ser verdaderos, lo cual no es un mérito para jactarse, sino una grandísima responsabilidad, que sólo la gracia y el poder de Dios nos permite cumplir. Mientras cualquier maldad o iniquidad permanezca en nosotros, tendremos algo que esconder y no podremos ser completamente sinceros. Sólo una satisfacción completa puede permitirnos ser verdaderos en un sentido tan profundo como el que acabo de exponer y eso es inalcanzable en esta vida, pero debe ser nuestra oración, voluntad, esfuerzo, propósito y fe ir avanzando, creciendo CADA DÍA, en santificación y, por lo tanto, en veracidad.

Sin embargo, con todo lo amplio que es este concepto de veracidad, todavía no lo es tanto como lo que contiene el término “verdad” como fruto de la luz, porque hasta aquí nos hemos referido sólo a su aspecto subjetivo o personal, a la correspondencia entre lo interno y lo externo, entre el corazón, los actos y las palabras humanas, todo en relación con el hombre. Pero la verdad tiene un aspecto aún más sólido y profundo, es “el acuerdo entre lo que es el hombre y la realidad de las cosas en la forma como existen en Dios” (Findlay). La veracidad subjetiva descansa sobre la verdad objetiva: es la verdad de Dios la que nos hace verdaderos. Muchos que son “veraces” en el sentido de que dicen lo que están convencidos que es verdad, realmente dicen sólo lo que es su propia opinión. Esa veracidad a veces propaga con celo errores mortales, como ocurre con los sectarios, y lo hace con sinceridad; porque está convencido que es verdad lo que puede ser un error de muerte. Esa “veracidad” expresa con confianza sus imaginaciones, sus errores, sus juicios apresurados y sin fundamento sólido, con plena confianza en su yo, convertido en ídolo. Jesús; la misma verdad encarnada, por lo cual pudo decir: “Yo soy... LA verdad”, dijo: “Todo aquel que es de la verdad oye mi voz” (Juan 18: 37), por lo cual es su palabra la ley para el hombre o la mujer que quiere ser verdadero, no lo que a él o ella le parezca, aunque sea muy sincero. La verdad objetiva está en la Escritura, por lo cual todos los que la rechazan o no la toman en cuenta son, a la luz de Dios, mentirosos:

**“Sea Dios verdadero, mas todo hombre mentiroso” Romanos 3: 4.**

“Nótese que “EL FRUTO de la luz es en TODA bondad, justicia y verdad”. No “frutos”, como si pudieran ser más o menos independientes unos

de los otros, y TODA: es decir no se trata de ser o pretender ser excelentes en alguno de estos aspectos de un mismo o solo fruto, a expensas de los demás o, incluso, como justificación de nuestra falla en otros aspectos. ¡Es tan común que la dulzura carezca de fuerza o que la fuerza carezca de bondad o que se hable la verdad sin amor, hiriendo los sentimientos de otros o, aún, que nos expresemos con celo apasionado, pero imprudente!

La bondad, la justicia y la verdad deben manifestarse equilibradamente en nuestras vidas, porque son un todo inseparable y la falla en uno significa la falla en todos. Esta falta de equilibrio caracteriza la vida de casi todos los cristianos y hace mucho daño a su testimonio:

**“Y el Dios de paz os santifique en todo, para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os ha llamado, el cual también lo hará” II Tesalonicenses: 5: 23, 24.**

**Versículo 10:**

**“Aprobando lo que es agradable al Señor”.**

Esto se relaciona íntimamente con el versículo 8. Si andamos como “hijos de luz”:

1º Seremos capaces de darnos cuenta de qué es lo que agrada al Señor; y

2º Nos acostumbraremos y no dejaremos, por descuido, desidia o falta de interés o preocupación, de probar o poner a prueba, de examinar o juzgar y de actuar en consecuencia con el resultado de esa prueba o examen. Esto es lo que significa el término traducido “aprobando”. La falta de interés para probarnos a nosotros mismos, que es sumamente común, se paga muy cara: matrimonio destruido, hijos perdidos (en esta vida y para la eternidad), grave enfermedad adquirida por una vida pecaminosa, muerte prematura, vejez solitaria o abandonada, el terror de la muerte lejos de Dios, vida fracasada con frustración total, etc.

Este pasaje está muy relacionado con Romanos 12: 2:

**“Y no os conforméis a este siglo, mas reformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”,**

donde “experimentéis” es otra forma verbal de lo que en el versículo 10, que estamos considerando, se traduce “aprobando” y en que “agradable” es exactamente la misma palabra que se usa aquí.

Los versículos 8 y 10 de Efesios expresan lo mismo que Colosenses 1: 10:

**“Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios”.**

¡Cuánta insistencia en que los hijos debemos examinar y ser capaces de determinar lo que es aceptable o agradable al Señor, para comportarnos en esa forma! El simple conocimiento de lo que Dios desea de nosotros, sin su práctica, no vale nada. Ese mismo conocimiento alcanzado por el examen de las posibles conductas que se nos presentan a la luz de la Palabra de Dios, sin practicarlas, nos hace más culpables, porque es más responsable el que sabe la verdad y no la hace, que el que la ignora. Pero los hijos de luz, precisamente porque somos “luz en el Señor”, no podemos, ni debemos querer, ignorar lo que Dios requiere de nosotros. ¿Cómo podemos decirnos: “Mejor ignorar para ser menos culpables”? La ignorancia voluntaria es ya culpable y puede tener alguna o varias de las funestas consecuencias que enumeramos más arriba.

El ejemplo de Cristo:

**“Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre; porque yo, lo que a él AGRADA, HAGO SIEMPRE” Juan 8: 29;**

y el de Pablo:

**“Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables” II Corintios 5: 9**

deben estimularnos “a desear, escoger y poner por obra siempre lo que agrada a Dios”.

“**Señor**” se refiere aquí a Cristo. No debe olvidarse que este “Señor” del Nuevo Testamento es exactamente el mismo “Jehová” del Antiguo Testamento, en muchos casos. Compárese Isaías 40: 3 con Mateo 3: 3, Marcos 1: 3, Lucas 3: 4 y Juan 1: 23.

**Versículo 11:**

**“Y no comunicéis con las obras infructuosas de las tinieblas, sino antes bien redargüidlas”.**

En el párrafo que incluye los versículos 11 al 14, Pablo repite lo ya dicho, pero en forma negativa, como es típico de la poesía hebrea. Este recurso literario subraya con extraordinaria elocuencia lo que Dios requiere de nosotros. Por otra parte, el párrafo viene a referirse al efecto o influencia de la luz que somos sobre las tinieblas circundantes.

“**No comunicéis**” es una expresión muy fuerte, que podría traducirse en castellano: “No tengáis jamás comunión o participación alguna”. Es decir que no debemos participar nunca de hecho en los pecados de los no regenerados; no debemos ni siquiera pensar ni gozarnos en ellos, ni aun en lo secreto de nuestra mente o imaginación; no debemos tener ni la menor

participación, involucración o identificación con ellos, ni pública, ni secretamente, ni de hecho, ni de pensamiento.

**“Las obras infructuosas”** o estériles no son aquellas que no producen fruto alguno, que no tienen ninguna consecuencia, puesto que son “obras”, sino las que no tienen ningún resultado bueno, como, por ejemplo, no producen bondad, justicia, ni verdad, ni las expresan, no glorifican a Dios, no hacen bien al prójimo, no producen verdadero bien espiritual al que las practica. Pero sí producen malos frutos de maldad, amargura, angustia, intranquilidad, dolor y suciedad y, especialmente, de deshonra al Señor que nos rescató, lo que para los redimidos debería ser lo peor de todo. ¿Cómo podremos querer voluntariamente tener ni siquiera la menor participación en ellas?

Las obras de las tinieblas son todos los actos, pensamientos y propósitos de los no salvados, con la sola excepción de aquellas que son el resultado de la gracia común. Estas obras de las tinieblas han sido la causa de todo el mal y error que ha afligido a la humanidad.

No basta abstenernos de dichas obras, manteniendo una actitud pasiva o neutral. Debemos reprenderlas, declararles la guerra. No basta que nuestra conducta virtuosa o recta ejerza una buena influencia, limitando su manifestación y avergonzando a los que las practican. La orden aquí es reprenderlas expresamente, ya sea verbalmente o por escrito, sin disimularlas con bellos o inofensivos nombres o dándoles un aspecto artístico, que oculten su podredumbre o no permitan tomar en cuenta todo el daño que producen al que las practica o a sus víctimas, como lo hacen comúnmente los inconversos cuando se refieren a ellas. Tampoco hay que retroceder ante la posible mala reacción o a la negativa de oír o prestar atención a nuestras denuncias por parte de los perdidos, porque es Dios quien nos ordena hablar:

**Les hablarás pues mis palabras, escuchen o dejen de escuchar, porque son muy rebeldes”  
Ezequiel 2: 7.**

Al pecado hay que identificarlo por su nombre.

Entre estas obras infructuosas de las tinieblas se incluyen las de los modernistas o liberales, ecuménicos, carismáticos y otros afines, porque todas ellas emanan del hombre natural, no de las Escrituras y, por esa razón, es necesario combatirlas, declararnos en guerra contra ellas (contra las obras, no contra las personas, aunque a menudo la reprensión eficaz requiere mencionar a sus autores). No es la voluntad del Señor, como vemos aquí y en muchos otros pasajes y ejemplos abundantes en la Biblia, que nos encerremos como en un castillo y nos conformemos con decirnos: “Es malo el modernismo, el ecumenismo, el carismatismo, etc., pero yo no participo en eso”. El Señor requiere una actitud militante contra todo lo malo y la tibieza o neutralidad en aquello en que él no es neutral le es abominable:

**“Yo conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas**

**porque eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” Apocalipsis 3: 15-16.**

Sin embargo, al reprender las obras de las tinieblas debemos ser sumamente cuidadosos con nosotros mismos. Primero, para no reprender lo que nosotros mismos amamos o practicamos secretamente, en el cual caso debemos corregirnos antes a nosotros mismos. Lo contrario es hipocresía consumada:

**“No juzguéis, para que no seáis juzgados, porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados y con la medida con que medís os volverán a medir. Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu ojo? O ¿cómo dirás a tu hermano: Espera, echaré de tu ojo la mota y he aquí la viga en tu ojo? ¡Hipócrita! Echa primero la viga de tu ojo y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano” Mateo 7: 1-5.**

En segundo lugar, para no andar preocupados de hurgar, investigar y escarbar para encontrar pecados que reprender. Esto es morboso o enfermizo y puede fácilmente delatar una inconsciente o secreta complacencia en el pecado. Pero cuando los pecados, los errores o las herejías son públicos y notorios debemos oponernos activamente a ellos con nuestra conducta y con nuestra palabra hablada o escrita:

**“No aborrecerás a tu hermano en tu corazón: ingenuamente reprenderás a tu prójimo y no consentirás sobre él pecado” Levítico 19:17;**

**“Empero viniendo Pedro a Antioquía, le resistí en la cara, porque era de condenar” Gálatas 2: 11;**

**“A los que pecaren, repréndelos delante de todos, para que los otros también teman” I Timoteo 5: 20;**

**“Rehusa hombre hereje, después de una y otra amonestación” Tito 3: 10.**

En tercer lugar, en la reprensión pública del mal de cualquier clase que sea debemos ser prudentes, delicados, verdaderamente amorosos y no ofensivos, porque nuestro sincero objetivo debe ser el bien, evitar que el mal dañe al que lo practica o a otros o a la sociedad, en general. “Es nuestra misión desterrar por cuantos medios podamos las tinieblas de entre nosotros, para que en todos sentidos la luz brille y que los demás sean alumbrados por la luz verdadera” (Lacy). No es nuestra misión agravar el mal o el daño que produce. Es a esta precaución que se refiere el versículo siguiente.

## **Versículo 12:**

**“Porque torpe cosa es aun hablar de los que ellos hacen en oculto”.**

Los hechos de los paganos de entonces y de los incrédulos de ahora, que no son fruto de la gracia común, son “tinieblas” o “tenebrosos”. Pero algunos son públicos y otros secretos. Lo que hacen en secreto es tan vergonzoso que ellos mismos buscan la obscuridad, la noche y la soledad para practicarlos. A veces son actos tan corrompidos que las personas decentes y con mayor razón los cristianos verdaderos, ni siquiera los conciben o imaginan y cuando casualmente oyen a los que los practican referirse a ellos no saben o no entienden de qué están hablando, aunque por el tono o gesto malicioso puedan darse cuenta de que se trate de algo indecente o vil.

Cuando el creyente llega a tener conocimiento de estos actos, debe reprenderlos, censurarlos, reprobarlos y atacarlos enérgicamente y hasta con dureza, pero no debe andar investigando ni husmeando en la conducta ajena tales actos, porque ese modo de actuar puede deberse a una secreta complacencia o placer morboso en ellos, como acabo de decir. Sólo cuando en la providencia de Dios, sin acción consciente de nuestra parte, llega a nuestro conocimiento debemos actuar con energía, sin tibieza, “tocando la trompeta” con sonido cierto, claro, definido:

**“Ciertamente las cosas inanimadas que hacen sonidos, como la flauta o la vihuela, si no dieran distinción de voces ¿cómo se sabrá lo que se tañe con la flauta o con la vihuela? Y si la trompeta diere sonido incierto ¿quién se apercibirá a la batalla?” I Corintios 14: 7, 8.**

En tales casos no basta que nuestra conducta recta, limpia o luminosa sea una reprehensión contra tales actos: es necesaria la censura clara, abierta, enérgica y definida. Pero tampoco deben publicarse los detalles de esos pecados secretos, porque eso hace daño tanto al que los publica como a los que reciben la información. Deben reprenderse y denunciarse con claridad, pero con delicadeza, diciendo lo estrictamente indispensable para que se entienda bien lo que queremos decir.

Hay que tener presente lo dicho en I Corintios 14: 8-9, por una parte, pero también, por otra parte, que es torpe o vergonzoso hablar de esos pecados practicados ocultamente, lo cual significa que debemos hacerlo sólo por estricta necesidad, sintiendo vergüenza sincera de hablar siquiera de ello. Que eso significa que no debemos callar debido a lo torpe o vil de estos actos se desprende del hecho que el mismo Pablo se refiere por escrito a pecados de esta clase en Romanos 1, por ejemplo, pero sin entrar en detalles sórdidos inútiles o enfermizos. En todo esto hay que estar muy alertas a nuestro engañoso corazón, para que no nos refiramos a ellos con un secreto e inconfesable placer.

**Versículo 13:**

**“Mas todas las cosas cuando son redargüidas, son manifestadas por la luz, porque lo que manifiesta todo, la luz es”.**

**“Mas todas las cosas cuando son redargüidas, son manifestadas por la luz”.** Como a menudo somos tímidos, temerosos e irresolutos para denunciar el mal, incluso por vergüenza de hablar siquiera de lo corrompido, Pablo presenta un poderoso incentivo para vencernos a nosotros mismos y reprender o redargüir las obras de las tinieblas: cuando las exponemos a la luz del evangelio, en particular, y de la Palabra de Dios, en general, y también cuando nuestra conducta luminosa las reprende sin que nosotros lo sepamos, esas obras de las tinieblas aparecen o son apreciadas o llegan a ser conocidas en toda su naturaleza repulsiva, odiosa y corrompida, tanto para la gente en general como para los que las practican y viven en ellas. Se revela su naturaleza mala y también la fuente de donde provienen y sus terribles efectos en la vida humana. Así son confundidas, porque no pueden subsistir sin amparo de las tinieblas:

**“Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, porque sus obras no sean redargüidas” Juan 3: 20.**

Hay que insistir mucho en que esta reprobación de las obras de las tinieblas debe ser hecha por medio de la palabra **Y** la conducta: la palabra sin una vida consecuente es inútil y dañina, por su hipocresía; una vida recta y luminosa, sin palabras, puede perder su influencia, al ser interpretada interesada o maliciosamente, sea como una virtud natural tan normal como los vicios, por lo cual unos vivirían de un modo y otros de otra manera, todos con el mismo derecho; sea como sólo apariencia hipócrita o como que, en el fondo la supuesta conducta virtuosa no es buena, como, por ejemplo, la castidad como anormalidad sexual; la no participación en fiestas con baile, alcohol, tabaco, drogas y música ensordecedora como falta de sociabilidad, etc.

**“Porque lo que manifiesta todo, la luz es”.** Esta traducción sigue la opinión de Calvino, pero el sentido efectivo es: “todo lo manifestado, luz es”. La idea es que así como nosotros fuimos tinieblas, pero de diversas maneras (por la vida luminosa de alguien, por su predicación del evangelio o por la lectura de la Biblia) al ser expuestos a la luz de la verdad o del evangelio nos dimos cuenta de nuestra condición, nos arrepentimos, creímos en Cristo, le recibimos personalmente en nuestro corazón y le aceptamos como nuestro propio Salvador y de ese modo fuimos hechos luz en el Señor, así también los inconversos que nos rodean pueden ser hechos hijos de luz, si nosotros reprendemos sus pecados con nuestra conducta recta o luminosa y les predicamos la verdad del evangelio, que no puede ser expuesto propiamente sin tratar la condición caída o pecaminosa o tenebrosa del hombre natural, pero no como deleitándonos en ello o como si nosotros fuéramos impecables, sino con tierno, verdadero y profundo amor e interés en su salvación. Si damos

rienda suelta a nuestra lengua, somos implacables o rencorosos, es decir, decididos a no perdonar, nuestros hechos negarán lo que dice nuestra boca y seremos instrumentos de Satanás para perder a las almas y no de Dios, para salvarlas. Así los perdidos seguirán siendo tinieblas.

Este es, entonces, el poderoso incentivo para reprender el pecado por medio de nuestra vida santa y de la predicación fiel y completa de la Palabra de Dios: que muchos que ahora son tiniebla sean hechos luz, por el evangelio. No reprender el pecado en la forma dicha, por la razón que sea, es condenarles a seguir siendo tinieblas, porque nadie puede dejar de serlo, a menos que reciba a Cristo.

Aunque no siempre la luz transforma las tinieblas en luz, la exposición a ella no puede dejar de iluminar y cambiar la condición de las cosas, aunque no sea para salvación eterna. Si entramos en un cuarto oscuro no vemos nada, pero si encendemos la más débil luz, ésta disipa, aunque sea en parte, las tinieblas. Las tinieblas no pueden apagar la luz o absorberla, pero la luz siempre “destruye”, por decirlo así, las tinieblas. “Tal es la naturaleza de la luz que no podría encontrarse al lado de las tinieblas sin penetrarlas y absorberlas y transformarlas en su propia sustancia” (A. Monod).

Abundan los ejemplos históricos de este efecto de la luz, como, por ejemplo, el advenimiento del cristianismo en los siglos primero al cuarto, o el efecto de la Reforma del siglo dieciséis, o la transformación efectuada en Inglaterra por la obra de los Wesley y Whitefield.

Incidentalmente, y en otra realidad, esto se aplica también a los creyentes: A menudo practicamos o vivimos en pecados ocultos hasta para nosotros mismos; que nos producen sufrimientos o con los cuales nosotros hacemos sufrir a otros (frecuentemente los seres más amados, como los hijos o cónyuge), porque esa es la naturaleza del pecado. No entendemos por qué, a pesar de ser cristianos sinceros nos sobreviven esos sufrimientos. Es necesario que seamos iluminados y expuestos a la realidad de nuestro pecado, para que seamos librados de él. Es imposible ser librados mientras no tengamos conciencia de nuestra conducta pecaminosa. Cuando Dios nos hace ver la realidad de nuestro pecado de algún modo, es posible que se disipen y que seamos hechos luz en ese aspecto de nuestra vida también en la cual antes estábamos en tinieblas.

Aunque la frase de este versículo es obscura, apoya la interpretación del versículo 14, que es un llamado a los inconversos (tinieblas), para que crean en Cristo y sean hechos luz.

#### **Versículo 14:**

**“Por lo cual dice: Despiértate tú, que duermes, y levántate de los muertos y te alumbrará Cristo”.**

“Por lo cual dice” es una fórmula con la cual Pablo cita el Antiguo Testamento. No se trata de una cita textual, sino de la reunión de varios

pasajes o pensamientos aplicados a los creyentes del Nuevo Testamento, como en Romanos 10: 6-8; 14: 11; I Corintios 1: 19; Efesios 4: 8-10.

Pablo puede haber tomado este pensamiento de Isaías 60: 1; 52: 1; 26: 19, etc. Es lo que hacen Ana y María en sus cánticos. También es posible que sean un fragmento de un himno muy primitivo de la Iglesia, cuyo autor había hecho lo que acabo de explicar.

Los que “duermen” y están “muertos” son los “hijos de desobediencia”, los que viven en, y son, tinieblas, cuyos vicios son un oprobio o ignominia para el mundo. Su sueño es un letargo moral; más aún: es muerte espiritual, es decir completa separación de Dios. La proclamación del evangelio les reprocha sus vicios y pecados y les llama a una vida nueva.

El llamamiento se dirige a todo el mundo y los que son regenerados por el Espíritu Santo y creen el evangelio resucitan a esa vida nueva. “La luz de la Palabra de Dios, hecha eficaz por el poder del Espíritu Santo, tiene el poder de despertar aun a los muertos y hacerles levantar de su estado de muerte espiritual” (Lacy):

**“De cierto, de cierto os digo: Vendrá hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y los que oyeren vivirán” Juan 5: 25.**

Aunque sea ofensivo para la mente carnal, y aun de muchos redimidos, es un hecho que Dios dirige de buena fe este llamado a todos los seres humanos, pues pensar lo contrario sería una terrible ofensa contra Dios, ya que equivaldría a atribuirle hipocresía. Esto significa que todos podrían salvarse. SI QUISIERAN, porque todos pueden entender el evangelio (que es tan sencillo como para que un niño pequeño, un salvaje o una persona completamente inculta e ignorante pueda entenderlo) y apreciar su realidad, poder y efecto beneficioso. Dios tiene el buen deseo (no la voluntad activa) de que todos se salven y por eso hay tantos llamados universales a la fe y al arrepentimiento en las Escrituras. Pero nunca los obligará a volverse a él. Deben decidirlo libremente. Es un hecho que sólo los elegidos, regenerados por el Espíritu Santo, oyen su voz y se vuelven a él, aceptando libremente el evangelio. Los demás, a menudo con más evidencia, oportunidades y llamados que los elegidos, rechazan libremente el evangelio, no porque no son elegidos, sino porque aman el pecado y NO QUIEREN salir de él (Juan 3: 18-20).

Los que oyen el llamado y aceptan voluntariamente el evangelio, con fe verdadera, son iluminados por Cristo y hechos luz en él y esto lo hacen sólo los elegidos. Los demás oyen el llamado, lo rechazan voluntariamente y permanecen en las tinieblas que aman, porque ellos mismos son tinieblas: ese es su medio, con ellas tienen completa afinidad moral y espiritual.

Nadie puede atribuir a la elección y a la predestinación su condición perdida, pues Dios llama a todos de buena fe, como dije, y deja a su libre elección que acepten o rechacen el evangelio. En el juicio final ningún perdido se atreverá a culpar a Dios por su condenación, porque si lo hicieran el Señor les diría algo así como: “Te ofrecí la salvación por la fe en mi Hijo, pero tu, por

tu soberbia y amor al pecado no la quisiste. Pensaste salvarte por tus obras. Pues bien, responde ante mí por tus obras ya que así lo quisiste". Entonces todos los perdidos se verán forzados a reconocer que libremente rechazaron la buena voluntad de Dios y que su condenación la merecen completamente. Los redimidos, en cambio, nos llenaremos de gratitud inmensa, porque reconoceremos que sólo por gracia fuimos salvos, sin mérito alguno nuestro y adoraremos y alabaremos al que quiso elegirnos desde antes de la fundación del mundo, para que fuéramos sus hijos, sin cuya elección nos habría aguardado el mismo destino que a todos los demás, porque no éramos mejores que ellos.

Es evidente que todos los no elegidos habrán rechazado el evangelio, por lo cual se condenarán y que todos los elegidos lo habremos aceptado por fe, por lo cual nos salvaremos. Creo necesario repetir que un velo de impenetrable misterio cubre la relación entre predestinación y libre albedrío, tal vez a causa de nuestra condición de criaturas temporales, pero desde el punto de vista humano el asunto es realmente sencillo:

**“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” Juan 3: 36.**